



Memorias íntimas del Rey de los Detectives

El robo del collar de perlas



—¡Aquí está!—dijo Sherlock Holmes adelantándose con la cajita en la mano.

—¡Aquí o Sherloc.

F. GRANADA Y C.^ª, EDITORES • DIPUTACIÓN, 344, BARCELONA

ANUARIO CIENTÍFICO É INDUSTRIAL

POR VÍCTOR DELFINO

Con un prólogo de JOSÉ COMAS SOLÀ

Año 1909, primero de su publicación • Obra ilustrada con multitud de grabados

SUMARIO

Cosmología.—Astronomía.—Meteorología y Física terrestre.—Física.—Química.—Historia natural.—Medicina, Fisiología é Higiene.—Agricultura.—Artes industriales.—Geografía y Geodesia.—Variedades.

Un voluminoso tomo de más de mil páginas. 10 pesetas

COUPEL RENAULD

Arte de dibujar sin maestro

Dibujo al carbón, á la esfumina, al lápiz plomo.—Procedimientos mecánicos del dibujo, con un tratado de puntografía.

UNA PESETA

N. DUFOUR

El arte del colorido

Guía manual del colorista.—Arte de iluminar toda clase de dibujos, láminas, fotografías y vistas para estereóscopos, con un tratado especial de iluminación de tarjetas postales.

UNA PESETA

D. F. DUBIEF

El licorista de las damas

Arte de preparar en poco tiempo toda clase de licores de mesa, con todas las flores cultivadas en los jardines y procedimientos para conservar los frutos en aguardiente, para hacer los licores y ratafías, etc.

UNA PESETA

ASTRONOMÍA Y CIENCIA GENERAL

por JOSÉ COMAS SOLÀ

Colección de trabajos científicos de popularización referentes á la Astronomía, á la Sismología, á la Historia de las ciencias en el siglo XIX, etc.

Un volumen en 4.^ª de más de 640 páginas, papel satinado superior, é ilustrado con gran número de grabados.

PRECIO EN RÚSTICA . . . 6 pesetas
" EN TELA . . . 7'50 "

DEL MISMO AUTOR

EL ESPIRITISMO ANTE LA CIENCIA

ESTUDIO SOBRE LA MEDIUMNIDAD

Un tomo ilustrado con multitud de grabados. 1'50 pesetas

LA ACTUALIDAD

REVISTA MUNDIAL DE INFORMACIÓN GRÁFICA

PUBLICACIÓN SEMANAL

Año V de su publicación

LA MÁS BARATA, MÁS EXTENSA, MÁS AMENA Y MÁS VARIADA DE ESPAÑA

Regala un DICCIONARIO ENCICLOPÉDICO DE LA LENGUA CASTELLANA, profusamente ilustrado ¡¡20 céntimos!! . 36 páginas profusamente ilustradas . ¡¡20 céntimos!!

SUSCRIPCIÓN

ESPAÑA	2'50 pesetas trimestre
PORTUGAL	12 pesetas al año
EXTRANERO	15 francos al año

ERO SUELTO, 20 céntimos

Se enviará GRATIS un número á quien lo solicite

BARCELONA.—Redacción y Administración: Diputación, 344. Talleres: Paseo de San Juan, 54 • Teléfono núm. 2108

823.91
D598.99
P47
v. 11
no. 62

El robo del collar de perlas

CAPITULO PRIMERO

Alegría inmotivada

En una noche del lluvioso noviembre se hallaba sentado en una sala de la cervecería su dueño Gaspar Sheffield con algunas docenas de hombres que llenaban unas mesas, próximas á la chimenea de calefacción.

Esta cervecería era una de tantas del barrio Soho-square de Londres; concurría á ella gente de poco valer y sospechosa, por añadidura, á la policía, á causa de haber desaparecido en ella dos agentes de seguridad.

La noche estaba muy adelantada, pero como llovía no se atrevía su dueño á cerrar el establecimiento.

La animación era grande á pesar del ninguno ó escaso dinero de los que la motivaban; ésto no quiere decir que no bebieran, pues el dueño les fiaba; si no le pagaban una semana le pagaban otra.

Después de haber apurado los contertulios muchas copas y haberse cansado de hablar, como no cesaba de golpear la lluvia los vidrios de las ventanas, continuaron en el establecimiento, pidiendo algunos los dados para jugar.

—Parece que nuestro dueño se está durmiendo; en algo se ha de conocer que ya ha pasado la media noche—dijo riendo un joven de cabello rubio.

—No es él sólo, también le acompaña en dar cabezadas Higley—exclamó otro.

—Dejémosle solo, Fusch—prosiguió un tercero,—pues no creo que duerma, sino que está proyectando una obra de provecho para nosotros.

—Tienes razón—dijo el segundo.

Cogió en esto Higley con su mano un gran vaso de un litro, vaciándolo de un trago.

Al verlo los contertulios, prorrumpieron en una carcajada.

—Ahora sí que acreditas tener estómago de dromedario y garganta de bomba de incendio—exclamó Fusch riendo.

—Dejémosle en paz—prosiguió uno de los jugadores;—si quiere echarnos un discurso ó arreglar nuestros bolsillos, no le quitaremos las ganas de hacerlo.

Sin hacer caso de las palabras que le dirigían sus compañeros, levantóse Higley de su asiento y acercándose al dueño le dijo:

—Gaspar, sal del sueño en que estás sumergido hace tres horas; ¿qué haces ocioso sin hacer nada? ¿No ves que deseamos ser servidos?... Despiértate de una vez.

Y dió un puñetazo tan fuerte en la mesa, que hizo levantar, asustado, la cabeza del cervecero, provocando una general y estruendosa carcajada.

Dirigieron todos sus miradas al que así hablaba con la curiosidad propia de los que desean salir gananciosos de una propuesta.

Higley continuó después de una pausa:

—Hoy disponemos de dinero, Gaspar.

La palabra dinero pareció ser una corriente eléctrica aplicada al asiento del cervecero.

Al momento se levantó éste y se presentó al que le hablaba, diciéndole:

—Well, ¿qué quieres beber?

—Hombre del diablo, cerveza y más cerveza.

Y se fué corriendo á llenar una gran jarra, que puso á poco llena sobre la mesa.

Entre tanto hablábase sentado de nuevo Higley y guardado silencio.

—¿Vas á cometer una calaverada?—dijo el dueño de la cervecería medio curioso, medio temeroso.—Parece que quieres hacer sonar mucho dinero... esto de decir con tanto desenfado que tienes dinero, casi me hace creer que eres miembro de alguna banca...

—Yo creo que no tendrás tanto—contestó otro con ganas de tirarle de la lengua.

—Quizás sea latón, no dinero lo que tenga—dijo Gaspar,—procedente de alguna fechoría...

—No gastes bromas pesadas, Gaspar—gritó lleno de ira Higley...

Los contertulios reían á más no poder, mientras los dos proseguían su diálogo un poco vivo, cuyas palabras no se oían bien por el alboroto.

Al fin reconoció Higley que Gaspar no había tenido intención de ofenderle, sino que le había dicho expresiones que cien veces había usado hablando con él sin que se hubiese ofendido.

Luego prosiguieron en voz baja.

Terminado el diálogo entre ambos, exclamó Fusch.

—Pero continuando tus palabras, ¿de quién y cómo ha llegado á ti ese dinero, Higley?

Miró éste al dueño de la cervecería que se alejaba, sin apartar de él los ojos, y le guiñó con la vista acompañándolo con una indicación de cabeza.

Entendió Gaspar esta señal, y acercándose á la puerta de la sala, abríola poniéndose en lo oscuro de la puerta para espiar.

—All right—dijo Higley.

Esta palabra hizo creer á los contertulios que les

iba á hablar, y todos los de la mesa se apiñaron para oír mejor la relación.

El narrador, dando una mirada en torno de sus compañeros, dijo á media voz:

—¿Conocéis al simpático Guy Farbie?

—¿Qué pregunta!—exclamó el hombre de cabello rubio, en nombre de los otros.—¿Quién no conoce al barón? Dí de una vez: ¿qué ha pasado? ¿Qué tiene que ver él con el dinero?

—Pues si le conocéis, no hay por qué alargarme—repuso el narrador;—sólo me cabe deciros que el barón es mi protector y mi compañero, desde hace unos dos años... ¿Sabéis qué significa esto?

—Parece que te recreas en aguzar hoy nuestra curiosidad para dejarla luego sin satisfacer—repuso uno.

Sonrióse misteriosamente Higley, y dijo:

—Hicimos un contrato hace dos años para trabajar juntos en un negocio.

—Que no tiene nombre—repuso Fusch.

—Cerrado este contrato—prosiguió Higley,—comenzó á prosperar nuestro haber, teniendo para vivir espléndidamente. Jamás me había figurado que tuviera tanta inventiva ese barón... Creo que me entendéis.

Y sin inquietarse por explicarse más, llenó una gran copa de cerveza y la vació.

Luego prosiguió:

—La oferta no fué sólo de palabra, sino que como el barón es hombre de hechos como yo...

Una carcajada general no dejó oír las palabras que pronunciaba.

—¿Quién puede dudar de eso?—exclamó Higley algo enfadado, dando un puñetazo en la mesa.

—Nos gustaría ver este contrato firmado por los dos... ¡qué cláusulas tan hermosas tendrá!—repuso riendo Fusch.—¿Cuando después de dos años te toca á ti recibir dinero y lo crees buen negocio, no sé qué pensar de ti!

—Como decía—continuó Higley, desentendiéndose de la réplica,—nuestro contrato fué muy bueno y al mismo tiempo muy legal; uno de los dos contrayentes tenía una obligación por su parte, pagándole el otro el treinta por ciento del servicio prestado.

¿No es esto muy beneficioso?

Y dando una mirada á su alrededor, Higley se puso á sonreír.

—¿Y qué ha hecho el barón en las últimas semanas para qué...?—preguntó el dueño.

—Ha llevado á cabo una cosa importante, la que le correspondía—replicó Higley al dueño de la cervecería.

Después de una corta pausa, prosiguió:

—El barón, antes de ponerse en viaje, me dijo:

—Cuando regrese, si es que las cosas que llevamos entre manos tienen un acabamiento digno de sus comienzos, te daré cuatrocientas libras esterlinas.

—¡Son dinero! ¡Qué dichoso eres!—exclamaron casi á la vez varios de los presentes.

El dueño de la cervecería pareció ver amontonada esta crecida cantidad sobre las mesas de su casa, tal fué la cara que puso.

—Conque ya ves, cervecero; ¿puedes poner en duda mi crédito?—dijo Higley.—No has de temer que no te pueda pagar... antes faltará cerveza que dinero...

Tras una breve pausa, prosiguió:

—Sé que el simpático Guy ha hecho su negocio y llega hoy mismo de Alemania. Según me escribí hace tres días, hoy regresa en el exprés. Dentro de una hora le veremos entre nosotros. Así, perla de Sohosquare, buen Gaspar, prepara burdeos y otros exquisitos licores; has de obsequiar á un caballero fuerte de bolsillo.

Si lo tratas á mi gusto, te daré una buena propina.

Ahora á traer buenos cigarros y copas...

Lleno de gozo separóse Gaspar de la puerta en donde hacía de guarda, y se alejó para ejecutar lo que le ordenaba Higley, pensando para sus adentros:

—Si comienza á derrochar de esta manera el dinero, le aseguro que antes de ocho días reventará las cuatrocientas libras esterlinas.

A mí no me vendrá mal que lo haga; caerán todas en mis cajas.

En vez de desocupar el local los que estaban, se vió aumentado su número por los diversos huéspedes que entraban, los que no cabiendo en las mesas largas, hubieron de sentarse á las mesas pequeñas; todos eran más ó menos de los íntimos de aquella casa.

Esta entrada no pasó inadvertida á Gaspar, quien, apenas notó que entraban en el local, se quedó parado para observar quiénes eran.

Estaba muy cuidadoso de que entrara en su casa la policía secreta y se enterara de las conversaciones que se tenían en su cervecería; fácilmente podía darle esto un serio disgusto.

Entre los recién entrados estaba uno extraño.

Acercóse á él Gaspar, le dió la mano y aprovechó aquellos instantes para inspeccionarle de pies á cabeza, mientras le dirigía algunas palabras.

Apenas sospechó quién era, aproximóse á Higley, y le habló algunas palabras al oído.

Este, cuando las hubo oído, dió un salto en la silla, un puñetazo en la mesa, gritando:

—¿Quién es ese? ¿dónde está?

Indicóle Gaspar con el dedo el recién venido.

—Piensas que me lo creo—repuso Higley.—Es un lazo tendido para cazarnos.

—No tengo tan buenas tragaderas para hacer caso del primero que se me acerque y me hable—dijo Gaspar.—¿Qué interés puede tener en engañarnos?

—¿De qué se trata?—preguntó el corrillo.

—El exprés de Hanveck ha topado con el de mercancías—dijo el recién venido.

—Realmente sería una desgracia si al barón le hubiese sucedido algo—exclamó Higley.

—He sido testigo de vista—continuó el forastero.—He visto como se llevaban un hombre con la cabeza vendada. No puedo decir si es el barón, pues como le he visto pocas veces, no le conozco bien.

Yo creo que sí lo es por lo que he oído hablar.

—Lo sentiría en el alma—repuso Higley.—Estoy ansioso de saber nuevas.

Esta noticia pareció producir impresión triste en los circunstantes, pues se notó cierto silencio cual no se había notado en el tiempo anterior de la noche.

En este momento apareció en la puerta un extraño cubierto con un impermeable que llevaba en su mano un pequeño cofre.

Apenas fijó Higley los ojos en él, lanzó un grito de alegría, dirigiéndose á él con estas palabras, mientras salía á su encuentro:

—¡Hurra, el barón!

Todos se levantaron para recibirle, llenos de curiosidad; el que acababa de llegar tomó la mano de Higley y de algunos, saludándoles cordialmente.

En su frente llevaba una venda, como se vió bien al descubrirse.

Cuando el dueño de la cervecería le hubo ayudado, con muchos cumplidos, á quitarse el sobretodo, que le cubría hasta los ojos, apareció ante los circunstantes

el semblante de un distinguido caballero, como raras veces se veía otro en aquellas cervecerías; su tipo era el de un elegante y simpático señor; lo único en que llamaba la atención por lo raro, eran sus negros ojos y pobladas pestañas.

En realidad era Guy Farlie, ó como le llamaban más brevemente sus compañeros, el barón.

Apenas se hubo quitado el sobretodo, dijo sin más esperar, dirigiéndose á Gaspar:

—Buen hombre, tráeme lo mejor de la cocina y de la bodega; no hagas caso del precio, pues hoy es un gran día. Vengo cansado del camino y tengo mucho apetito...

Marchóse Gaspar precipitadamente á la cocina, saliendo á poco con carne á la brasa.

Una vez servida, dijo el barón á una joven de diez y ocho años que tenía una guitarra en la mano:

—Salada, has de divertirme con tu voz y tu guitarra.

Y sin mirar á los circunstantes, llenó un vaso de buen vino, y lo ofreció á la muchacha, quien se lo bebió sonriendo de un solo trago, mirando complacida al barón.

—Si me recreas con tu repertorio te daré cinco libras esterlinas, guapa chica—dijo el barón.

—Bien, para eso he venido—dijo la muchacha, acomodándose en la silla, y dirigiendo sus miradas al barón y á Higley.

En esto continuaban las conversaciones entre los contertulios, por lo cual dijo el barón levantando la voz:

—Caballeros, hagan el favor de callar para que se puedan oír las dulces armonías de ese canario...

Al cantar la última estrofa la cantatriz, se puso en el dintel un hombre gordo de barba poblada y negra; nadie reparó en él por lo entretenidos que estaban en la música.

Cada estrofa era coronada por una salva de aplausos estruendosos.

Este ruido hizo que los que pasaban por cerca del edificio penetraran en él llamados por el bullicio.

Al cantar la última estrofa la cantatriz, se puso en el dintel un hombre gordo de barba poblada y negra; nadie reparó en él por lo entretenidos que estaban en la música.

Púsose en un ángulo de una mesa, y para encubrir

quien era, apoyó su cabeza sobre sus dos manos. Mientras terminaba la cantatriz sus coplas, acercóse el barón á Higley cuchicheando un rato.

Luego levantándose el barón é imponiendo silencio, dijo:

—Compañeros, no quiero despedirme de vosotros sin daros una grata nueva, que será recibida por cada uno de vosotros con extraordinario júbilo.

Todos dirigieron sus miradas llenas de curiosidad al barón ante tan llamativo exordio.

—Bien—continuó después de dar una mirada en torno de los que le escuchaban—tengo la satisfacción de comunicaros que he visto subir al cielo el alma de nuestro *amigo y protector* Sherlock Holmes.

Ni una bomba echada en medio de aquella multitud, hubiera producido el efecto de estas palabras.

Los gritos de infernal alegría que se dejaron escapar de las gargantas de todos eran una señal evidente del odio que profesaban al genial detective.

Después de haber dejado el barón que se abandonaran sus camaradas durante algunos minutos á los transportes de júbilo, continuó:

—Puedo comunicaros todas las noticias por haberlas visto por mis propios ojos.

Vi que, cuando yo me senté en el reservado en Harwich, él me siguió de cerca y entró en el mismo tren. Iba muy bien disfrazado, pero esto no ha impedido para que le reconociera.

Sospeché que venía también de Alemania, que estaría al tanto de mis negocios y que querría echar mano de mí, apenas estuviera en Londres.

Yo he hecho el papel de ignorante durante el viaje; las numerosas veces que le he visto en el trayecto he hecho como si no le conociera. La suerte ha venido á favorecerme.

El detective ocupaba unos vagones delanteros; yo iba en uno de los últimos.

Cerca de Londres topó nuestro tren con el de mercancías haciéndose añicos la mayor parte de los coches, entre los cuales ha de contarse el ocupado por Sherlock Holmes.

Aquel en que iba yo sólo sufrió algunos desperfectos, recibiendo yo una ligera erosión en la frente.

He tenido la dicha de ver despachurado á nuestro temible perseguidor; estaba su cadáver bajo multitud de maderas y trozos de hierros.

Y callóse el narrador lleno de dicha por la muerte de su cruel enemigo.

Nadie había observado al hombre que se hallaba en el ángulo de la sala.

Sin ser notado de nadie tomó la barba negra del rostro, se la puso en el bolsillo y acercándose al barón, le dijo:

—El que se adelante, cae.

Y dirigiéndose al barón, prosiguió:

—Ponga usted las manos en alto, y lo mismo hagan los demás.

Esta orden iba á ser incumplida, cuando la joven cantatriz sacó un revólver y apuntó á los insubordinados... esta joven no era otro que Harry Taxon, el jo-



—Barón ó Guy Farlie como se llama, se alegra demasiado pronto.

Dirigieron todos sus miradas hacia el desconocido; el barón exclamó lleno de espanto y de ira:

—¡Sherlock Holmes!

—Yes, vuestro buen amigo—repuso el detective con fina ironía.—Le voy á proporcionar una buena habitación para esta noche...

Iban á lanzarse algunos contra el detective, cuando sacando éste su revólver les hizo frente, diciendo:

ven auxiliar y amigo del detective Sherlock Holmes.

Quiso huir el barón, pero no pudo, y hubo de entregarse á brazo partido.

Cogió el detective el impermeable del detenido, y Harry Taxon la pequeña maleta, y condujéronlo á la calle.

—Adiós, caballeros; otra vez pueden cerrar mejor las puertas...—dijo el detective mientras salía.

Apenas estuvieron en la calle, tomaron un coche y en él se colocaron el detective y su ayudante junto con el detenido para llevarlo á la cárcel provisional.

CAPITULO II

La visita del alemán

—No me cabe la menor duda que el simpático Guy tiene algún cómplice—decía Sherlock Holmes en la próxima mañana á su auxiliar, mientras estaba arrojado el detective en tierra mirando el pequeño cofre que había cogido al detenido en la noche anterior.

—¿De qué lo deduce, maestro?—preguntó Harry Taxon con curiosidad.

—Muy sencillo; porque Guy no tiene la alhaja ni sobre sí, ni en la maleta. Quizás en el robo juegue él sólo un papel secundario; me lo sospechaba, por esto no me viene de nuevo esta sorpresa.

Según creo, el principal criminal ha llegado á Londres en el tren ordinario.

Cuando notó Guy Farlie que me le hacía encontradizo en todas partes en Harwich, observé que en una ocasión hizo una seña á uno que sospecho será su cómplice ó comisionado; desde entonces ya no le volví á ver más.

La causa principal que me llamó á engaño al principio de que sería el jefe Guy, fué ver que éste ocultaba con particular interés el cofre; lo haría para engañarme, pues no contiene más que unos cuantos periódicos de hace días.

—No niego, maestro, que sus conjeturas tienen fundamento; ¿pero no sería posible que se hubiese deshecho de la joya antes de desembarcar en Inglaterra?—repuso el joven Harry.

Miróle sonriente el detective, respondiéndole después de una corta pausa:

—No se compagina el valor de la joya de doscientos mil francos ó más, y encontrar sólo encima del barón mil doscientas libras esterlinas.

La joya la ha de haber entregado Guy Farlie á su cómplice ó comisionado; las mil doscientas libras que llevaba el barón serán el salario que aquél le prometió.

—Creo que el servicio del barón no nos será de

mucha utilidad para descubrir el robo—dijo Harry.

—Tienes razón—repuso el detective.—Una observación semejante me hizo ayer noche el inspector Gordon; quizás el pájaro, suelto de la jaula, nos descubriera con su vuelo el nido de sus padres ó hermanos.

—¿Quiere decir, mister Holmes—dijo Harry Taxon,—que procedería dejar suelto al barón para seguir sus pasos?

—Ni más ni menos—contestó el detective.—Apenas salga, irá inmediatamente á verse con su amigo para comunicarle las impresiones de su estancia en la cárcel; nosotros le seguimos y tenemos una pista.

Y se puso á pasear de arriba abajo por la sala presa de agitación, mirando con frecuencia al pequeño cofre abierto.

—¿Pero haremos esto último sin ser notados?—preguntó Harry.

El detective, sin atender á lo que le decía su auxiliar, continuaba andando, parándose á poco para encender su pipa. En ésta tenía cerrada la fuente de sus poderosas inspiraciones, y á ella acudía en los momentos en que tenía su mente apagada y fría, para encontrar abundantes recursos á fin de salir de un paso difícil.

Después de un rato de silencio, preguntó Sherlock Holmes acercándose á Harry, con la pipa en la boca:

—¿No oíste nada ayer noche cuando cantabas, que pueda darnos una pista?

—Sólo oí lo que ya le dije á usted—repuso el interrogado.—Cuando comencé á cantar se puso el barón al lado de Higley, dándole una crecida suma. La única palabra que entendí, pero con toda claridad, fué Manager.

—Esto y nada es casi lo mismo—repuso el detective;—viene á ser tanto como que existe en el mundo un

hombre que tiene por nombre Manager; si supiéramos al menos qué oficio desempeña, si es administrador, jefe de una casa de comercio, inspector, etc., tendríamos un poco más de luz...

Interrumpamos la conversación—añadió parándose á escuchar.—Viene una visita.

Y en efecto, se oyeron en la habitación cercana pasos de una persona que se aproximaba.

Asomóse á la puerta de la sala mistress Bonnet, y dijo al detective que había un señor que deseaba con urgencia hablar con mister Holmes.

—Que entre—dijo éste, poniéndose ante su silla.

Con la rapidez del rayo, tomó el revólver de encima de la mesa y se lo puso en el bolsillo del pantalón.

Era una medida de prudencia que no dejaba de observar en determinados casos, porque no era raro que osados criminales se atrevieran á entrar en su casa, y pretendieran cogerle desprevenido para matarle.

Al minuto inmediato convenciósese que su prudente medida era, en aquel caso, innecesaria.

Entraba en la habitación un caballero grueso de porte distinguido; por su rostro parecía alemán.

—Me llamo Walter Bayer—dijo el que entraba en buen inglés, aunque con pronunciación extranjeriza.

Midióle Sherlock Holmes con su mirada, y dijo sonriente haciendo una indicación con la mano para que tomara asiento:

—Usted es maestro alemán de guardias criminalistas y acaba de llegar de Scotland Yard.

—Señor... mister Holmes—exclamó el extranjero maravillado.—Así es, en verdad; ¿pero cómo lo ha sabido?

—Esto es muy fácil de conocer—repuso el detective inglés.—¿No me engaño en que usted viene por razón del misterioso criminal?

Sin esperar respuesta del visitante, prosiguió:

—Su misma manera de presentarse en esta mi casa me revela, claramente, qué asunto le trae por aquí.

Su tipo y su pronunciación le denuncian evidentemente alemán; su actitud y postura le descubren como militar, teniente ó sargento; su posición de caderas declara que usted lleva pistola browning, que es el arma ordinaria de la policía secreta alemana.

Mis sospechas de que usted lleva entre manos el

asunto misterioso del criminal, me lo trae el recuerdo de que hace días me dijo el inspector Gordon que desde Alemania seguían la pista á los criminales; y al verle á usted aquí, creo que puedo lógicamente deducir que es por esto.

—No tengo que rectificar nada, mister Holmes, de lo que usted ha dicho—repuso el alemán.—Sus explicaciones no sólo son sencillas y naturales, sino al mismo tiempo verdaderas.

—Confío que usted me traerá buenas nuevas con que pueda sorprender al ladrón—dijo el detective inglés, preguntando con su mirada á su visitante.

—Desgraciadamente no puedo hacerlo—repuso el alemán.—Mi presencia en este lugar obedece en concreto á manifestarle el deseo de la condesa para que tome usted el asunto por su cuenta.

La dama ofrece diez mil marcos de recompensa al que le devuelva la alhaja, además de los gastos que se hayan tenido que realizar para conseguirlo.

En Alemania no sabíamos que la policía inglesa le había encargado á usted el asunto; lo he sabido aquí en Londres. A saberlo no hubiera pasado el Canal, pues era mi misión sin objeto.

—No diga usted esto, mister Bayer—contestó el inglés.—Me será sumamente grato oír de los labios de uno que ha seguido el curso de los hechos en Alemania, la relación de los mismos. Yo le voy á diseñar brevemente lo que me participó el superintendente de Scotland Yard; le ruego que si hay algo en la relación que deba retocarse, lo retoque usted para que tenga yo nociones exactas.

El criminalista alemán hizo un signo afirmativo con la cabeza, mientras Sherlock Holmes proseguía:

—Hace tres días fui llamado con urgencia á la Central y se me comunicó que en Berlín había sido robado de un modo misterioso un collar perteneciente á la condesa de Waldberg, valuado en doscientos cincuenta mil marcos; que todo lo demás permanecía en la obscuridad y que se deseaba que los detectives ingleses dieran su parecer acerca de sus autores.

—Así era la relación que remitimos á la central desde Alemania—respondió el criminalista alemán.

—Well—dijo Sherlock Holmes.—Me deslicé entonces por las cervecerías de la gente corrida de Lon-

dres y supe que un llamado Guy Farlie, cuyas habilidades consisten en trabajos de ratería, había desaparecido durante cuatro semanas de Inglaterra y se había ido á Alemania para llevar á cabo un negocio que no especificaba nadie y que ayer por la noche había de llegar de vuelta á Londres en el tren de Harwich.

Fuí al encuentro del caballero y le seguí desde Harwich. Pocos minutos antes de llegar el tren expreso á Londres, recibí un buen susto, á causa del choque con el de mercancías; fué un prodigio que no quedara yo muerto. Este incidente me sirvió para confirmarme en mis sospechas contra Guy Farlie.

Este, apenas llegado á la metrópoli, fuése á una cervecería y narró con suma alegría mi muerte en medio del círculo de sus criminales amigos; yo lo oí todo; cuando menos se lo pensaba me puse delante y le intimé que se me entregara; en esta misma noche le llevé á la cárcel provisional.

—¿No le parece que con esto hemos terminado el trabajo?—preguntó el alemán.

—No hemos terminado—repuso el inglés,—á lo más hemos comenzado el camino. Según todas mis sospechas, Guy, al que llaman barón sus amigos, no es el único autor del robo, sino que tiene algún cooperador que en el caso presente miro como principal.

Esta mi sospecha se confirma más, por cuanto, habiéndole cogido con sorpresa y registrado al momento, no le he encontrado ni encima, ni en su pequeño cofre,

nada que indicara suponerle como poseedor de la alhaja.

Además, nuestro deber particular en el caso no es tanto coger al criminal, como devolver la joya robada á la condesa; ésta más quiere esto que lo otro.

Sonrióse Sherlock Holmes al pronunciar estas últimas palabras.

—¿Qué piensa usted hacer, mister Holmes?—preguntó el alemán.

—Pienso ponerme en camino de Alemania, sin pérdida de tiempo—repuso el inglés.—Porque en el mismo teatro en que se han desarrollado los hechos se puede apreciar más la verdad y formar más cabal idea del modo como se ha llevado á cabo.

La misma diferencia de referir los hechos le declaran la verdad.

Pero antes quiero verme con Guy Farlie para interrogarle; quizás esto me dé una pista importante.

—¿Conque puedo volverme á casa y escribir á la condesa de Waldberg que usted toma el asunto por su cuenta?

—Yes, sí, mister Bayer; puede decirle esto—respondió Sherlock Holmes.

Despidióse el policía alemán del célebre detective inglés, poniéndose entonces mismo Sherlock Holmes en camino de la cárcel provisional, después de haber dado exactas informaciones á su auxiliar de lo que debía hacer.

CAPITULO III

El cofre por la cabeza del detective

Sherlock Holmes encontró al barón en la celda de su prisión de muy buen humor; bastáronle un par de palabras con él para convencerse de que el criminal estaba muy seguro de que aquella prisión no podía traerle graves consecuencias.

Respondió al saludo del detective con mucha urbanidad.

—¿Quiere usted, Guy Farlie, hacer su situación menos crítica con una confesión clara, sencilla y verdadera de lo que ha hecho?—preguntó después del saludo Sherlock Holmes al barón, dirigiéndole una penetrante mirada.

—Me sorprende altamente su pregunta, mister Holmes—respondió el barón con irónica sonrisa.—Ignoro qué es lo que deba confesar; mi conciencia está tan limpia como la de un niño recién nacido. No comprendo por qué se me ha puesto en este sitio.

—¿Así, de este modo quiere disimular, de este modo quiere encubrirse?—insistió el detective clavando su mirada en el barón.—Por ahora sólo le quiero indicar que se ha hallado la joya en su pequeño cofre y...

—¿La joya en el cofre?—exclamó el barón medio admirado cortando la palabra al detective.

—Sí, amigo mío—dijo sonriendo picarescamente Sherlock Holmes.

Su actitud y aire le hablaron elocuentemente; tenía bastante. Sabía que Guy había participado en el robo, que el cofre no le pertenecía, porque si el cofre hubiera sido propio, inmediatamente hubiera declarado que en él no había ninguna alhaja.

Lleno el barón de ira, que le había hecho palidecer, prorrumpió luego en palabras de enojo, diciendo todo lo que le venía á la boca, á lo que le preguntaba el detective, mostrando en su tono desprecio y desesperación.

—Si usted se cierra en esta desesperación y no

quiere contestar la verdad, y dice lo que le acude, me verá precisado á cortar mis preguntas y dirigirme á Manager...

—¡Gran Dios! ¿También está preso Manager?—repuso Guy con muestras de terror y espanto.

—Este es el que me lo ha dicho—dijo Sherlock Holmes, que disimulaba en su frío semblante la interior alegría que experimentaba por las noticias que iba arrancando.

Sabía que un hombre, á quien llamaban Manager los criminales, había cometido el robo, ó como principal agente ó como comisionista del barón.

—Well, el Manager lo ha declarado todo—volvió á repetir Sherlock Holmes.—Yo sé qué su culpabilidad de usted en el robo es menor que la de Manager... Sólo le pregunto para saber si Manager me ha declarado toda la verdad.

—Juro por Júpiter que así es—exclamó el barón con clara voz.—Yo no tuve participación directa, por tanto no puedo declarar más; Manager que lo ha ejecutado sabe lo ocurrido; para mí es un enigma lo sucedido.

Me avisó Emmy, que hace años sirve de camarera á la condesa, que aprovechara el tiempo que su señora empleaba por la noche en el teatro para ir á pasar un rato de amena conversación con ella; yo no hice más que estar con esa mujer.

Todo lo demás lo ejecutó Manager.

—¿Y no ha querido usted saber cómo se ha llevado á cabo el robo?—preguntó desconfiado Sherlock Holmes.

—No, señor.

—¿No podría usted decir en ningún caso, cómo ha ido á parar á su cofre la alhaja?

—El cofre no me pertenece—contestó de repente el barón.—Así es que de lo que se contenga en él no

puedo responder. Si usted me dijera que se habían hallado un millón de libras esterlinas en billetes habría de creerlo.

—¿Sabe usted si Manager estaba cerca de usted para cambiárselo?—preguntó Sherlock Holmes.

Miróle entonces desconfiado y receloso el barón, respondiéndole:

—Pregúnteselo usted mismo.

A las preguntas que siguió haciendo el detective, el barón, sospechando que se le engañaba, se acogió al silencio.

Al abandonar Sherlock Holmes la celda lo hizo aceleradamente y resuelto.

Estaba convencido de que el criminal le había declarado la verdad.

Ya sabía en qué manos estaba la alhaja: no eran otras que las de Manager, y que el cofre igualmente pertenecía á aquél.

Sospechó que Guy Farlie había buscado cualquier cofre que encontró al verse perseguido en Harwich por Sherlock Holmes á fin de despistarle ó darle una falsa orientación.

Del terror y admiración que había mostrado el barón al comunicarle la falsa nueva de que se había encontrado la joya en su cofre, dedujo el detective la ignorancia en que estaba Guy de su contenido.

—Well—dijo para sí Sherlock Holmes;—ahora conviene dirigir todos mis esfuerzos á descubrir el paradero de Manager.

Salía disparado de la cárcel, cuando, no muy distante de la misma, se encontró con un hombre que llevaba en la mano una maleta muy semejante á la que había cogido la noche anterior al barón.

El primer pensamiento que le acudió fué de que sería Harry, pero mirando bien á aquel hombre, le pareció imposible que lo fuera, pues nunca se había disfrazado de aquel modo.

En esto el hombre que antes andaba perezosamente comenzó á aligerar el paso.

—A este caballero parece que repentinamente le vienen prisas—pensó el detective;—antes de que tome yo el coche he de mirarle de cerca.

Y comenzó también á apresurar el paso.

No pasó esto inadvertido al que llevaba la maleta, pues se echó á correr en dirección de un coche que

pasaba no lejos, subiendo casi sin pararlo, dirigiendo apresuradamente unas palabras al cochero.

El vehículo comenzó á correr con toda velocidad; Sherlock Holmes, apenas encontró otro coche, le dió la consigna de perseguir sin descanso al que estaba delante.

En la calle no se veía una alma.

El detective, mientras corría el coche, pensaba que la presa que perseguía sería quizás de mucha importancia.

Viendo que no le daba alcance sacó Sherlock Holmes la cabeza por la ventanilla, gritando con todas sus fuerzas para que le oyera el cochero del vehículo perseguido:

—Deténgase al momento.

Ya estaban muy cerca ambos coches, cuando sacó también la cabeza el perseguido para mirar al perseguidor; éste gritó de nuevo al cochero del primero:

—Permanezca inmóvil.

Pero el cochero hizo oídos de mercader y prosiguió la carrera.

Cuando hubo adelantado bastante al segundo, llegó el primer coche á donde había parada de caballos; entonces descendió el que lo ocupaba y montó en un caballo.

En esto ya había llegado Sherlock Holmes junto á su perseguido, descendiendo al momento del carruaje para detenerle.

Apenas estuvo al descubierto el desconocido, cogió el cofre y lo echó á la cabeza de Sherlock Holmes; inmediatamente empuñó después el revólver haciendo varios disparos seguidos contra el detective; sus balas pasaron rozando el cuerpo de Sherlock Holmes.

Levantó su vista el detective y vió que le miraban dos hombres, soltando una burlona y estruendosa carcajada, tras la cual emprendían una precipitada carrera con los caballos.

Cogió Sherlock Holmes el cofre y se lo guardó.

Fué imposible al detective seguirles, ya porque montaban en caballos de refresco, ya porque él no disponía más que de coche con la bestia cansada, ya porque se encontraba sumamente rendido.

Pero decidió permanecer en expectativa mirando qué camino seguían sus perseguidos; éstos, al ver que Sherlock Holmes estaba parado y distaba mucho de

ellos, detuvieron la carrera, comenzando á andar muy despacio.

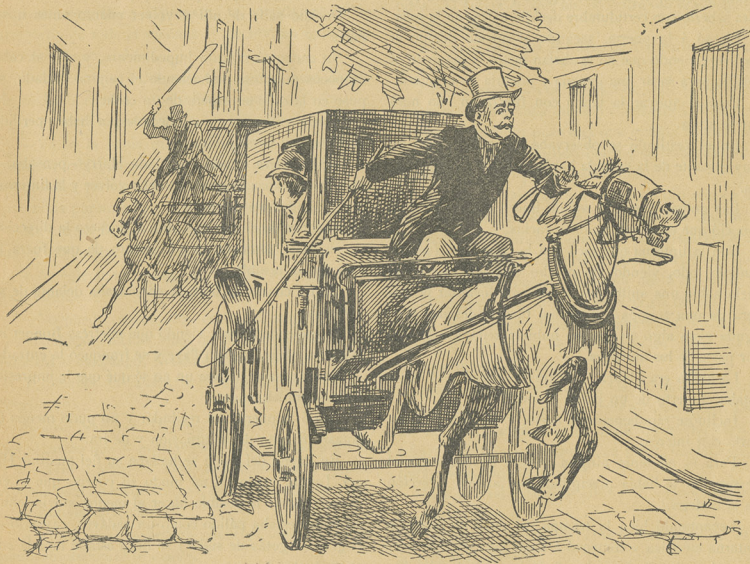
Dió una señal Sherlock Holmes á su cochero para que siguiera el mismo camino que los dos jinetes sin muestras de apresuramiento, para que creyeran que era otro el que estaba dentro.

Los dos desconocidos doblaron la carretera y si-

Cerca del río tomaron ambos sospechosos un coche con el cual atravesaron la City para ir á Whitechapel hacia el oeste.

De pronto paróse el coche de los sospechosos y desapareció uno de ellos en una casa, prosiguiendo el otro su camino.

¿Qué significaba esto?



guieron por otra que conducía á Londres, pero desde la cual no se veía casi nada.

Comprendió su intento el detective y mandó al cochero que acortara la distancia mediante un camino que se encontraba cerca y que salía á las orillas del Támesis, lo mismo que la carretera tomada por sus perseguidos.

Casi llegó al mismo tiempo el coche de Sherlock Holmes y los dos perseguidos que andaban completamente desprevénidos sin los caballos.

No estuvo mucho tiempo reflexionando el detective; al punto resolvió proseguir su camino.

—Si vais en persecución de aquel coche—dijo el detective á su cochero—y conseguís vuestro fin, os daré de propina diez libras esterlinas... Soy Sherlock Holmes y vivo en Backerstreet.

—Well, no esté inquieto por nada—dijo el cochero.

Y sin más, sin que tuviera necesidad de parar el coche, saltó Sherlock Holmes de él y se precipitaba en la casa.

Estuvo mirando largo rato la fachada, y conoció por ella que estaba deshabitada, porque las ventanas estaban sin cortinas, ni persianas, y no se veía ninguna clase de adornos.

Detrás de esta casa había una gran plaza desde la cual se podía ir á calles estrechas y tortuosas.

Sospachó el detective si su perseguido habría atravesado la casa, y se había fugado por la plaza, pero para saberlo con certidumbre decidió entrar en la casa.

Llamó á la puerta, sacando al mismo tiempo el revólver; viendo que no le abrían metió la mano en el bolsillo para sacar una ganzúa y ponerla en la puerta.

Pero al apoyar la mano con fuerza en ella notó que se abría.

En el vestíbulo se observaba escasez de luz; no muy distante de la entrada había casi juntas dos puertas.

Las golpeó y por el sonido hueco que se produjo conoció que eran habitaciones vacías.

Con la linterna que sacó con la izquierda, fué mirándolo todo, viendo, no mucho después, que en el suelo había una anilla que servía para levantar la madera de una trampa. Al mismo tiempo descubrió su aguda vista algo en que no hubiera reparado la mayor parte de los mortales.

La anilla era blanca, mientras la pared y el suelo estaba cubierto de un polvo oscuro.

Inclinóse rápidamente al suelo, y se puso á observar con interés.

Para él no tenía ningún género de duda que el perseguido se había precipitado por allí en dirección de la bodega.

Levantando bien la trampa, se puso al pecho la linterna eléctrica y comenzó á bajar las escaleras muy despacio mirando por descubrir por allí las huellas del perseguido, sin lograr su intento.

Una vez abajo se puso á examinar cuidadosamente las paredes y el suelo, encontrando al fin una puerta disimulada; estaba ya tocándola, cuando salió repentinamente un hombre, que se le escapó de entre las manos.

En un momento se lanzó á una pared opuesta, que se abrió, desapareciendo por ella.

Ciertamente aquella puerta conducía á otro escape; al punto fué en su persecución Sherlock Holmes.

La obscuridad era grande; levantó bien la linterna el detective, y vió que había una escalera que conducía al interior de la tierra; su entrada era estrecha.

Entró por ella y vió que iba á parar á una cloaca de Londres.

Reconoció Sherlock Holmes que era imposible seguirle por aquellos caminos tan poco odoríferos, siendo además muy fácil el perderse.

Decidió salir de allí y volver cuanto antes á su casa.

No encontró ningún impedimento, y así, al cabo de pocos minutos, deshaciendo el camino andado, se puso en la calle en espera de un coche.

Sentía una amargura indecible por haber perdido de vista á su perseguido.

—Si hubiera estado á mi lado Harry—pensaba,—no se me escapa; ocupado con el revólver y la linterna, me fué imposible detenerle.

Encontrado el carruaje, dijo al cochero la dirección de su casa, pero con el aditamento de que fuera lo más aprisa posible.

En un cuarto de hora se encontraba delante de su vivienda.

Después de llamar, viendo que mistress Bonnet no le salía á abrir, sacó su llave y se franqueó la entrada.

En su casa se notaba un no sé qué que le impresionó desagradablemente.

Abrió la puerta del recibidor y no pudo menos de lanzar un grito de indignación y de ira.

En medio del salón se hallaba su fiel auxiliar Harry Taxon, atado de tal modo su cuerpo que le era materialmente imposible hacer el menor movimiento; su rostro estaba pálido como un cadáver, cayendo de él gruesas gotas de sudor; su boca estaba tapada con un pañuelo.

Con la rapidez del rayo le quitó Sherlock Holmes el pañuelo de la boca, diciendo al momento Harry:

—Aquello... sobre la barra...

Dirigióse rápidamente allí Sherlock Holmes, y vió que comenzaba á prenderse fuego en algunos muebles.

Sin pérdida de tiempo corrió á buscar agua, y vaciando algunos cubos, se extinguió el iniciado incendio.

Volvióse á Harry y concluyó por desligarle completamente, yéndose al punto al encuentro de mistress

Bonnet, mientras se quedaba Harry en la sala, sentado en un sillón.

Al abrir la puerta de la cocina, encontró Sherlock Holmes al ama de llaves sentada en una silla, completamente atada.

Tenía igualmente tapada la boca.

Sospechó Sherlock Holmes que si le quitaba el pañuelo de la boca y no le advertía que, sin darle más explicaciones, fuera á preparar la comida, no se la arreglaría en toda la mañana, y decidió no quitárselo sin decirle antes:

—Ahora vaya á preparar la comida; pues dentro de media hora tengo que salir de casa.

Y le quitó el pañuelo.

—Ya se la había preparado—respondió ella rompiendo á hablar;—pero como no me dieron tiempo los condenados para quitar del fuego las buenas chuletas que había puesto en él, se me han quemado.

Me estaba consumiendo de ira viéndolo, pero como estaba atada, no he podido impedirlo.

—Arrégleme usted algo de fiambre—contestó Sherlock Holmes.

—No puedo consentirlo—repuso el ama de llaves;—usted abusa muchas veces del fiambre, y esto le perjudicará el estómago. Necesita algo caliente.

Y tomando la sartén, le echó grasa poniéndola al fuego.

Salióse Sherlock Holmes de la cocina sonriente por el cariño que le mostraba su anciana ama de llaves, y se volvió al lugar en donde se hallaba Harry Taxon. Apenas había tomado asiento, cuando se presentó mistress Bonnet diciéndole:

—Puede ir al comedor; mientras toma el primer plato, le prepararé lo demás.

—No se canse, ni se dé tanta prisa, buena Bonnet—dijo Sherlock Holmes á la anciana,—pues Harry me va á explicar lo que ha sucedido.

Y se alejó mistress Bonnet.

—En pocas palabras está dicho, maestro—dijo Harry.—Creo que más cosas le referiría mistress Bonnet que yo.

Estaba en esta mesa hojeando una revista, cuando notó que se abría repentinamente la puerta.

Créi, de buenas á primeras, que entraba mistress

Bonnet y permanecí en mi asiento quedo, cuando sentí que me sujetaban fuertemente los brazos.

Volví la cabeza para ver quien era, y observé que era un hombre vigoroso; conocí sus malos intentos y di una fuerte sacudida para deshacerme de sus brazos, pero conociéndolo él, diómela en sentido contrario, echándome al suelo.

Golpeóme tan fuertemente que me quedé sin sentidos. Al volver en mí, me encontré tan atado que no podía moverme.

Entonces reconocí el rostro de los malhechores que desaparecían de la casa.

Noté, además, un olor de azufre, que fué el que se comenzaba á encender cuando usted entró; llenéme de pronto de espanto, pues creí que ardería al momento, pero tranquilicéme viendo que no se levantaba llama pasados los cinco primeros minutos.

Deseaba y esperaba que usted no tardaría en volver, pero pasaban los minutos y usted no regresaba.

Me puede bien creer que han sido estas horas que usted ha tardado, una horrible eternidad; temía que á usted le hubiese pasado algo peor que á nosotros.

¡Cuántas veces intenté deshacerme de las ligaduras y correr á su encuentro dispuesto á luchar para sacarle de las manos de los criminales! pero mis trabajos resultaban estériles.

Poco antes de llegar usted, viendo que se levantaba la llamarada, hice extraordinarios esfuerzos para librarme del horrible suplicio de morir quemado, pero sin fruto; si tarda cinco minutos en venir, hubiera encontrado incendiada la casa.

Echóse á reír Sherlock Holmes, tomando una bomba que estaba allí.

—Miróle sorprendido Harry, por lo cual díjole Sherlock Holmes:

—Por esta vez podemos estar tranquilos.

¿Sabes qué tiene esta bomba ó lo que sea?

—¿Qué?—preguntó con curiosidad Harry.

—Pues está llena de un aceite especial muy viejo, que si le prendo fuego al tenerla en mis manos, me quedo sin narices.

¡Son muy humanos estos malhechores!

Vayamos á mistress Bonnet para oír su relato; ahora ya tendrá preparada la comida, y así no habrá peligro que, por atender á la conversación, la deje quemar.

Y sonriendo se acercó á la puerta y llamó al ama de llaves.

Pocos minutos después entró ésta en el cuarto del detective, permaneciendo silenciosa; parecía que aguardara á que la preguntaran.

—¿Cuando llamó el hombre que la sorprendió, estaba usted limpiando, mistress Bonnet?

—Sí, como él iba tan sucio no hubiera ido mal...—repuso la criada.

—¿Verdad que apenas hubo entrado la tapó la boca, y sin pérdida de tiempo la ató, sentándola en una silla?—continuó el detective.

—Ni más, ni menos—repuso mistress Bonnet.

—Pues para que otra vez esté usted á la defensiva, le daré un revólver—dijo riendo Sherlock Holmes.

—¡Por Dios, mister Holmes!—exclamó la anciana;—el arma defensiva sería en este caso más perjudicial para mí que el ataque.

—¿No has notado, Harry, que por aquí no se encuentra el pequeño cofre?—preguntó el detective.

Miró el auxiliar por el cuarto, y no viéndolo, respondió:

—En realidad, maestro, que ha desaparecido; ¿habrá venido á buscarlo aquel hombre?

—¿Y si el cofre no estaba vacío?—preguntó el detective mirando á Harry.

—Parece que usted me habla en jeroglíficos—repuso el auxiliar.—Creía yo que en el cofre no había más que algunos periódicos sin importancia.

—No es muy importante lo que podía sacarse de la observación del cofre—repuso el detective,—pero de algo nos podría servir...

Toda vez que pasó por encima de la cabeza de Sherlock Holmes, bueno es que lo guarde, más que más, cuando siempre hay tiempo para echarlo...

Salí de casa siendo dueño del cofre, me ha venido á buscar en el camino, y de nuevo he vuelto con él.

Miróle lleno de asombro Harry, diciéndole:

—Si no se explica, no le entiendo.

Y para hacerle salir de su ansiedad, le refirió lo que le había pasado desde su salida de casa.

Media hora más tarde salía Harry Taxon disfrazado hacia la cervecería, punto de reunión de los criminales, para observar á Manager.

CAPITULO IV

Grandísimo desengaño

A la mañana siguiente hizo Sherlock Holmes preparativos extraordinarios, pues las pesquisas verificadas la noche anterior por Harry, habían resultado vanas; nadie conocía á Manager.

Para colmo de males, había aguardado por la noche y durante las primeras horas de la mañana al cochero, y éste no se presentaba.

El detective temía que le hubiera sucedido alguna desgracia.

Decidióse Sherlock Holmes á salir de casa, dando algunas instrucciones antes á su auxiliar.

Ya había tomado el sombrero, y se encaminaba hacia la puerta, cuando advirtió que desde fuera llamaban.

Dirigió su vista á la puerta, que acababa de abrir mistress Bonnet, y vió en ella á un hombre que llevaba una venda en el brazo; era el cochero que aguardaba desde la noche anterior.

—Me causa extrañeza verle de este modo—dijo el detective.

—Por mi parte también me extraña verle de nuevo á usted—repuso el cochero.—En mi vida he ido con el coche por tan malos caminos.

—¿Ha conocido algo cierto del paradero de su perseguido?—preguntóle el detective.

—Nada, sólo cuatro cosas sin ninguna importancia—respondió el cochero.—Después de mucho rato de seguirle, vi que se metía en una casa, desapareciendo en ella; yo me bajé del coche y me puse á aguardar en una acera próxima.

La casa tenía dos puertas que daban á la calle; á poco salía por la otra puerta el mismo que antes había entrado, más otro hombre que no me di cuenta cómo se presentó por allí.

Hablaron un poco y subieron á un coche que les esperaba.

Como tengo buenos caballos, comencé á seguirlos, pero hube de desistir de mi empresa, porque me enviaron varios disparos de revólver.

Por suerte mía no me tocó ninguna de las balas.

A poco les vi lejos, y proseguí de nuevo tras ellos; doblaron hacia el oeste en donde no hay ninguna casa, y yo en pos de ellos. Fuí notado por mis perseguidos y me dispararon, hiriéndome en el brazo.

¡Ah! entonces, viendo que venían en mi dirección, dejé el coche, y quitando precipitadamente uno de los caballos, me escapé á todo correr.

Como me fijé en el número del vehículo perseguido, denuncié el hecho á la policía y me fuí al dueño del coche para informarle.

Este estaba desesperado al ver que se lo habían robado; yo, á causa de la herida, me he visto imposibilitado de trabajar esta mañana; durante tres semanas no estaré en disposición de ejercer mi oficio.

—¿Y cuánto ganaría en este tiempo?—preguntóle Sherlock Holmes.

—Unas cinco libras esterlinas.

—Pues aquí tiene diez—repuso el detective, dándole un billete de Banco.

Recibiólo el cochero con mil acciones de gracias.

En este momento entró mistress Bonnet, y dijo:

—Un paquete para mister Holmes.

Tomólo éste y comenzó á desanudar las cuerdas que sujetaban el papel que lo envolvía, meneando la cabeza.

Antes de abrirlo por completo, apartó cuidadosamente el rostro de él, procediendo muy lentamente.

En lo último se encontró con un macizo, formado por papeles de periódicos, que parecía contener una cosa dura.

Deshizo esto, y antes de terminar exclamaron Sherlock Holmes y Harry Taxon á la vez:

—¡El collar de perlas!

Y no se equivocaban; realmente estaba en las manos del detective la preciosa alhaja robada.

Era imposible dudar, porque Sherlock Holmes se encontraba en posesión de la fotografía y de una exacta descripción de la joya, y coincidían ambas cosas con el collar enviado.

Tanto Sherlock Holmes, como Harry no salían de su estupor; pero dominando el detective su primer impulso, quiso someter cada perla y cada parte del collar a un examen minucioso.

Harry no sabía lo que le pasaba de pura alegría, y á su maestro le sucedía otro tanto.

—Jamás he experimentado una alegría tan llena y completa como ahora—dijo el detective.—Es una felicidad que se me viene á las manos, sin tener más que alargarlas. Estaba falto de consejo y desorientado en lo que había de hacer, cuando ha venido el cielo en mi ayuda.

Sin pérdida de tiempo tomo el primer vapor que salga en dirección de Alemania, para entregar el collar y recibir la propina de diez mil marcos ofrecida. ¿No es una ganancia regular?

—¡Si pudiéramos dar con el que la ha entregado originariamente!—exclamó Harry.

—Pues esto te encargo yo—repuso el detective.—Como no tienes que hacer otra cosa durante mi ida y permanencia en Alemania, desearía que te ocupases en hacer algunas diligencias sobre Manager...

Media hora más tarde se sentaba el detective en el expreso para tomar pasaje á Hamburgo.

Por la noche de este mismo día llegaba á esta ciudad, y por la mañana siguiente salía para Berlín.

Llegado á esta capital, dirigióse al momento al palacio de la condesa de Waldberg, señora anciana y muy elegante. Recibió esta dama con mucho agasajo al célebre detective.

Naturalmente, apenas entablaron plática, hablóle la dama de sus joyas y de la desaparición del collar de perlas, ponderándole su subido valor y el aprecio en que lo tenía.

Cuando hubo terminado de hablar, dijo el detective:

—Señora, le agradezco su atención y amabilidad en honrarme para perseguir el robo.

Pero me cabe aún mayor satisfacción en haber llevado mi misión.

Aquí está la joya.

Y diciendo esto, sacó de su bolsillo un paquetito de papel, que desdobló, poniendo ante los ojos de la condesa el precioso collar.

La dama estaba loca de satisfacción, de alegría y de admiración, por la vuelta de la preciosa alhaja, y por su pronta aparición.

—¿Cómo es posible?—exclamó la dama, pasada la primera impresión, tomando entre sus temblorosos dedos el precioso collar.

En esto, como había sido llamado por teléfono el joyero de la condesa, éste entraba en la sala.

Apenas lo contempló, dijo examinándolo:

—Realmente, no cabe la menor duda.

—Pero, mister Holmes, ¿cómo ha encontrado usted tan pronto esta preciosa alhaja?—preguntó la condesa llena de admiración.

Entretanto el joyero examinaba las piedras con sumo cuidado y atención, mirándolas á través de una luz que había encendido.

Antes de que pudiera responder el detective á la pregunta que le hacía la condesa, se adelantó á decir el joyero:

—Siento mucho tener que decírselo, señora condesa y mister Holmes; no se inquieten ni apesadumbren; han sufrido ustedes una ilusión; la joya tiene escaso valor, es duplicada.

Estas palabras produjeron en la condesa el efecto de un rayo; á la suma alegría, sucedió suma tristeza; para tranquilizarse á sí misma dijo la dama:

—Usted se equivoca, Herr Bragenz; ¿cómo es posible que hayan falsificado estas piedras? ¿Quién podría haberlo hecho?

El joyero meneó la cabeza, diciendo:

—No me equivoco, señora condesa. Yo sé quién lo ha hecho...

Y reflexionando un poco, añadió:

—Es el mismo artista que hizo por duplicado la joya que usted tenía en su poder. Yo lo conozco muy bien por el trabajo mismo de la duplicación.

Además lo conozco, porque Francisco Loblier, así se llama el artista, ha puesto las iniciales de su nombre.

¿Quiere usted convencerse de lo que acabo de afirmar, mister Holmes?

Y sin más puso el joyero las piedras preciosas bajo la luz de prueba, apartándose para que pudiera el detective cerciorarse de sus palabras.

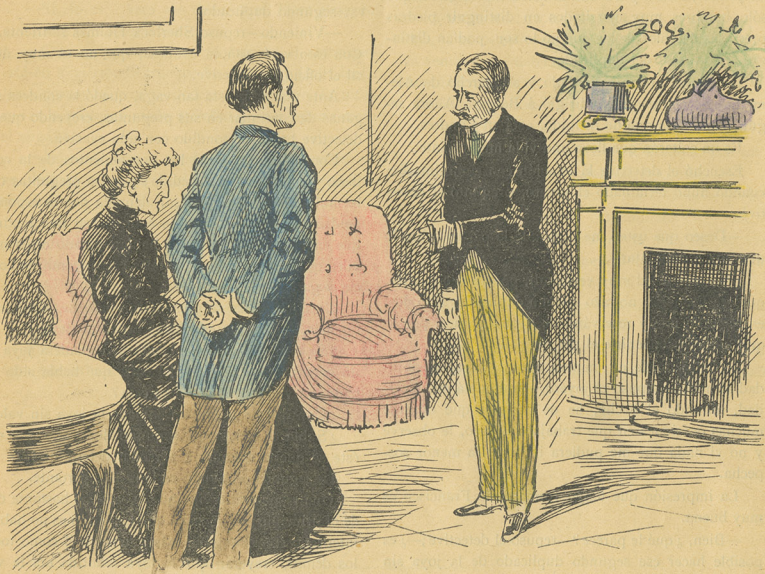
Convencióse éste de la verdad de lo afirmado por

—Con mucho gusto, voy á satisfacer sus justos deseos—respondió el joyero.

Después de una breve pausa, prosiguió:

—La señora condesa compróme hace cuatro años, un collar de perlas preciosísimo.

Es costumbre muy corriente que las señoras tengan



el joyero y del engaño de que había sido él mismo víctima inconsciente.

Buscó la condesa el collar duplicado del verdadero, y reconoció que el presentado era exacto al suyo. Era una copia cabal, teniendo hasta las mismas iniciales y en los mismos lugares.

—Quisiera que usted tuviera á bien informarme, señor joyero—dijo el detective á mister Bragenz,—de quién es ese Francisco Loblier y de las circunstancias que rodearon al duplicado de la señora.

duplicado de las joyas muy preciosas; usan el duplicado en las fiestas ordinarias de teatros y conciertos, reservándose las preciosas y verdaderas sólo para las grandes solemnidades en determinados círculos y reuniones.

Esta costumbre quiso seguir la señora condesa de Waldberg.

Apenas tuvo en su poder la preciosa joya, se mandó hacer el duplicado. Encargóme que lo hiciera yo, pero como no tenía tiempo, busqué quien lo realizara.

Supe que existía un reputado artista en esta clase de trabajos llamado Francisco Loblier; no sabía su dirección, pero mediante una casualidad di con ella.

Le escribí y al punto vino á mi taller para trabajar el duplicado.

En cosa de seis semanas llevó á cabo su obra con tal primor, finura y buena imitación del original, que sólo hombres muy ejercitados en distinguir piedras preciosas de valor de las que no son, podían distinguir el original del duplicado.

Diósele el precio estipulado y se marchó de Alemania. Sé cierto que se dirigió á Bélgica. Ahora según referencias que he recibido, está en Londres.

Es un solterón que lleva una vida muy errante.

Escuchó el detective la relación con sumo interés; cuando hubo terminado el joyero, preguntó el detective:

—Deseo que usted me diga qué le parece sobre lo que voy á preguntar:

¿No cree usted muy verosímil, por no decir cierto, que ese Francisco no hizo sólo un duplicado, sino dos, entregando uno y reservándose el otro para sí por lo que pudiera convenirle el día de mañana?

—No se puede en manera alguna negar posibilidad al hecho—repuso el joyero.—Aunque á decir verdad, mirando el hecho, he de declarar que durante muchas ocasiones en que trabajaba él solo, le observé y no vi nada que me pudiera infundir la menor sospecha.

La impresión que tengo formada de Francisco es muy buena.

—Bien, ¿qué le parece?—repuso el detective;—¿es posible hacer ese segundo duplicado de la joya sin tener presente la verdadera?

—Sí y no—contestó sonriendo el joyero.—Si la ha tenido que hacer otro que no sea el mismo Loblier, lo tengo por absolutamente imposible. Pero si la ha tenido que hacer el mismo artista Loblier lo creo muy factible, pues recordará perfectamente las substancias de que se sirvió en el primer duplicado y de su preparación; además le habrá podido ayudar la fotografía de la misma joya.

—Muy bien—contestó el detective.—Pues ahora me resta averiguar en dónde vive ese Francisco Lo-

blier. Si como usted dice, es un artista tan consumado, no me será difícil de encontrarle en Londres.

¿Cuánto vale semejante duplicado?

—Unos tres mil marcos—respondió el joyero.

La condesa, que hasta ahora había guardado silencio, preguntó al detective:

—Desearía saber cómo ha ido á parar á sus manos ese segundo duplicado.

—Vinendo—repuso Sherlock Holmes sonriendo.—Con esto verá, señora condesa, que no es muy difícil el oficio de detective.

Ante una respuesta tan vaga, quedó la condesa sin ganas de continuar en sus preguntas, creyendo que el detective había respondido con una evasiva.

Conoció el detective los pensamientos de la condesa, y le explicó lo sucedido; por las preguntas que formuló después la condesa, alentada por la espontaneidad del detective, dedujo éste con su fino instinto que en el robo de la alhaja habían jugado otros móviles que los ordinarios en tales casos, como de codicia y ganas de enriquecerse.

Tres preguntas se presentaron entonces á su inteligencia, anhelando encontrar las respuestas.

¿Se encontraba acaso oculta la verdadera joya en un departamento secreto del cofre que había sido robado tan violentamente de su casa?

¿Con qué fin le habían enviado la joya sin valor?

¿Sabía el artista del segundo duplicado que con éste se quería engañar á personas determinadas?

La segunda pregunta era la más importante.

Una respuesta le vino que le satisfizo bastante desde el principio; sospechaba que los ladrones no habían intentado con el engaño más que tanto él como todos los demás, creyeran que la joya remitida era la verdadera, pudiendo ellos, en cambio, gozar pacíficamente del robo efectuado.

La clave para descifrarlo consistía en saber quién fuera el artista de este segundo duplicado.

Otra respuesta le acudió deducida de la segunda; si en realidad los ladrones habían creído que con el envío de la joya duplicada engañarían al detective, la condesa y todos los demás, ¿por qué no habían consumado el engaño enviándola á la misma condesa, ó poniéndola en el mismo lugar de donde la sacaron?

Perdido el detective en este mar de pensamientos

y cavilidades, tomó en sus manos la joya duplicada y dijo á la condesa, enseñándole una llavecita unida al collar:

—Usted conocerá, sin duda, la llave del cofre de la verdadera joya; ¿es por ventura ésta?

Miróla atentamente la condesa, exclamando llena de júbilo:

—Sí, lo es... esto me demuestra, Herr Bragenz, que usted se ha equivocado.

—Creo que el señor joyero—repuso el detective—está en lo cierto. El trueque ha sido muy fácil; tenían los ladrones la joya verdadera con la llave, la tornaron y la pusieron atada al collar para producir mejor el engaño.

—Así será—dijo la condesa con la tristeza del que ve deshacerse una ilusión.—Sus explicaciones me satisfacen.

—¿Es este el cuarto en donde se verificó el robo?—preguntó el detective.

—No, señor; es el de más allá—respondió la condesa.—Puede usted seguirme, si gusta, y así podrá apreciar en el terreno las circunstancias del robo.

Y se dirigieron ambos á la mencionada sala.

Era un segundo piso; tenía la habitación una ventana que daba á un jardín.

Manifestóle la dama que aquel día, después de haberse arreglado, se descuidó de cerrar el arca de caudales, dejando encima de la mesita el collar de perlas.

Antes de salir de casa, al estar en la puerta, se acordó de su olvido y distracción, pero como había de quedarse en casa la camarera, persona de toda su confianza, no quiso volver sobre sus pasos.

Además declaró, contestando á la pregunta que le dirigió el detective, que tenía ordinariamente abierta la ventana que daba al jardín, para que estuviera bien ventilado el cuarto.

Oídas estas explicaciones, dijo el detective:

—¿Y la camarera no se movió de aquí cerca?

—Sí, tuvo que ir al recibidor á hablar con un caballero que la amaba—respondió la condesa.

—Según lo aducido—contestó el detective,—la camarera no tiene ninguna culpabilidad.

Como creo que me será mucho más útil mi vuelta á Londres que mi permanencia aquí, por esto, señora condesa, regreso al momento á Inglaterra.

Antes de salir fijóse en el suelo y vió una mancha mal lavada de estiércol de ave.

Apenas hacía dos horas que estaba en Berlín el detective, cuando tomó el tren para volver á su patria.

CAPITULO V

El broche robado

A la mañana siguiente llegaba Sherlock Holmes á su casa de Londres.

Al verle llegar tan pronto le dijo su amigo Harry:

—Pensaba que el peso de los diez mil marcos de recompensa le harían gozar de unos cuantos días divertidos en la capital de Alemania.

—No son diez mil marcos los que he recibido sino tres mil, los que valía el duplicado del collar que me envió el desconocido—repuso el detective.

—¿De modo que nos engañamos?—exclamó Harry.

—Ni más ni menos.

Ahora sí que he hecho una buena plancha—exclamó Harry.—Me preguntó el inspector Gordon si había de soltar á Guy; yo, como usted había recibido el collar, y esto declaraba que no había sido el barón quien lo había robado, puesto que no podía enviarlo estando en la cárcel, contesté que le podían dar libertad.

Indignése de pronto Sherlock Holmes, pero recordando en seguida su serenidad, dijo:

—No hay mal que por bien no venga; es fácil que vaya el barón á juntarse con Manager; de este modo podremos aprisionar á los dos á la vez.

Mientras yo voy en busca de un belga llamado Francisco Loblier, tú trabaja por encontrar al barón.

Aquella misma mañana se ponían en la calle el joven Harry Taxon y el detective Sherlock Holmes.

A pesar de todos los trabajos y de todas las averiguaciones no pudo dar el joven Harry con el paradero del barón; cuatro días estuvo dando vueltas por Londres.

En el círculo aquel de los criminales de la cervecería, no se había visto más desde aquella noche en que fué maniatado por el detective.

Los trabajos realizados por Sherlock Holmes tuvieron mejor éxito.

Después de mucho preguntar, supo que vivía el joyero belga en una casucha del barrio del Támesis.

Como vió que estaba cerrada la puerta de dicha casa, fué á informarse al dueño de la misma de si en ella vivía el joyero belga.

El amo le declaró que sí, pero que era un hombre muy raro, prosiguiendo:

—Si usted espera poderle hablar, habrá de esperar tres meses, pues no abre la puerta de la casa más que cuatro veces al año.

Yo hace seis semanas que no le he visto.

Si usted quiere comunicarle un negocio importante, escríbale una carta y échela por debajo de la puerta.

—¿Pues cómo le paga el alquiler?

—Por trimestres adelantados—respondió el dueño.

—Pondré en ejecución el medio que usted me ha propuesto—dijo el detective—para comunicarle los importantes asuntos que quiero.

Pero interiormente pensaba Sherlock Holmes otra cosa.

Despidióse éste al punto del dueño, y abandonó su casa, volviendo después de una hora sin ser notado á la habitada por el belga.

Puso en la cerradura su ganzúa y quedaba abierta la puerta.

La vivienda era muy pobre; estaba constituida por unas sillas muy modestas, una cama y una mesa de trabajo, encima de la cual había muchas herramientas, perlas, diamantes y polvos de piedras preciosas.

Sobre los pocos muebles se veía mucho polvo, señal evidente de que el morador hacía bastantes semanas que no la habitaba.

Ninguna de las cosas que descubrió en las restantes habitaciones tenía importancia; lo único que podía deducir era que Francisco Loblier era muy raro.

Antes de abandonar Sherlock Holmes la casa, en-

contró encima de una botella, que estaba en una mesa cercana á la puerta, un papel en que se leía :

«Vuelvo el 20 de agosto

»Loblier.»

Lleno de ira salió el detective de la casa ; había de esperar algunas semanas.

Todas las pesquisas que iba realizando de un tiempo á aquella parte resultaban vanas ; tanto el barón, como Manager, así como el belga, habían tenido el privilegio de no dar muestras de sí.

Armándose de paciencia, hubo de resignarse á aguardar el veinte de agosto, sin que hubiera adelantado un paso en el negocio.

No fué esto porque se hubiera dormido, había tomado todas las precauciones para saber la vuelta del belga ; durante el día estaba espionando la casa del joyero el joven Harry, supliéndole, cuando éste descansaba, un hombre que pagaba á buen precio el detective.

Una mañana al leer el periódico se encontró Sherlock Holmes con una noticia sensacional :

En el Hotel Rey Eduardo, se había perpetrado en aquella misma noche un robo rodeado de misterio.

Hacia cinco semanas vivía en el tercer piso la célebre comedianta francesa Antonia Piers, que representaba en el Teatro Real.

La actriz poseía una verdadera riqueza en joyas, pues estaban valuadas en muchos millones de francos.

Una de las más valiosas era un precioso broche que había recibido la artista de manos del zar Alejandro en una *soirée* en el palacio Mauricio de San Petersburgo.

La simpática artista, por la noche, hacia las once, volvió á su casa y se quitó los vestidos y las ricas joyas que la adornaban, dejándolas en una caja de su guardarropa que dejó abierta ; de aquí pasó á su *boudoir* para beber una taza de café que le sirvió su camarera.

Cuando volvió la artista para cerrarlas en el armario antes de ir á dormir, encontró algo desordenada la guardarropa ; miró la caja de las joyas y reparó que había desaparecido el broche.

Buscó inmediatamente por todo el cuarto y no lo

encontraba ; estaba cierta que lo había puesto en la caja y que nadie había penetrado en la habitación.

La artista prometía una crecida suma al que le entregara la joya y diera con los ladrones.

—Creo que quien coja á Manager, al barón y al belga ha conseguido el premio—pensó Sherlock Holmes ;—no pienso que puedan ser otros los ladrones.

Voy á verme con la dama.

Minutos más tarde estaba el detective en el Hotel Rey Eduardo y era recibido por la artista francesa.

—Celebro su pronta presencia de usted aquí, mister Holmes—dijole Piers.—Le había escrito una carta rogándole que se sirviera pasar por aquí ; no ha tenido tiempo de recibirla, por esto me causa mayor admiración su aparición en este lugar.

Creo que usted sabrá lo que me ha pasado.

—Sí, madame, vengo porque le ha desaparecido un broche preciosísimo.

—Sírvase usted seguirme—dijo la actriz dirigiéndose á su guardarropa, que estaba cerca del *boudoir*.

Este es el cuarto, y sobre esta mesa se hallaba la caja.

Acércose mister Holmes á la ventana del cuarto y la abrió, preguntando :

—¿ Hay mucha luz en los contornos del hotel, durante la noche ?

—Hasta las cuatro está el edificio hecho un ascua de fuego, por los numerosos focos eléctricos que lo alumbran.

—¿ Sabe usted quién vive arriba ?

—No, señor—respondió la dama con admiración.

Cerró de nuevo Sherlock Holmes la ventana volviendo al cuarto.

—¿ Querría usted presentarme su camarera ?

Al punto la artista se apresuró á llamarla.

Mientras permanecía sólo en la estancia fué mirando todo el cuarto, encontrando al fin encima de una mesita, en la cual había estado la cajita, una preciosa cubierta de seda china.

Miróla con detención el detective, y habiendo visto algo sobre la cubierta como rayas producidas por garras, raspó con el dedo ; notó además una pluma de ave.

Tomóla entonces en los dedos para examinarla con cuidado ; meneó sorprendido la cabeza y, sacando

su libro de apuntes, escribió algo en él, guardando el hallazgo entre dos hojas de papel.

Entonces mismo volvía la actriz acompañada de su camarera.

Al ver ésta que el detective la miraba con fijeza se puso muy colorada.

—¿En dónde estaba usted con su novio esta noche?—preguntó de repente Sherlock Holmes.

La muchacha miró al suelo y no respondió:

—Pienso, Betty, que usted no tiene novio—dijo madame Piers admirada.

El detective se sonrió.

—Yo... nosotros... yo tengo... hace cuatro semanas... relaciones—murmuró aturrida la joven camarera.

—¿Por qué me ocultaba usted con tanto cuidado estas relaciones?—preguntó la artista.

—Porque él quería que se mantuvieran en secreto—respondió Sherlock Holmes.

Y dirigiéndose á la camarera, prosiguió:

—Pero ahora manifiésteme, miss Betty, lo que sepa de su novio.

Callóse de nuevo la joven y miró á Sherlock Holmes como rogándole que no la sometiera á aquel tormento.

—Miss Betty, podría usted guardarle á él la palabra—dijo el detective,—y conservar los secretos, si no fuera la noche de ayer la última en que le habló él, pues ha de saber que la ha dejado á usted y tiene otra novia.

La interrupción que tuvo Sherlock Holmes al pronunciar estas palabras, obtuvo lo que pretendía.

Llena de ira y consumida por los celos, estuvo algunos minutos con la desesperación de una mujer que ve perdida una ilusión que le sonreía cariñosa.

De todas las manifestaciones que hizo la joven durante diez minutos, dedujo el detective que el simpático Guy había puesto las manos en el negocio y que en aquellas cuatro semanas había trabajado en medio de muchos rodeos por saber en donde guardaba la actriz sus alhajas y qué género de vida llevaba.

—¿No abría usted la ventana de la habitación de la señora, cuando se iba ésta al teatro por la noche?

—Sí, señor—respondió la camarera.—Lo hacía para oír si me daba mi prometido los silbidos convenidos; con esto sabía si me guardaba.

—Espero, madame Piers—contestó Sherlock Holmes,—que no tardaré muchos días en traerle buenas nuevas.

Y se despidió de la artista.

Antes de abandonar el hotel, subió Sherlock Holmes al piso de arriba y llamó en la habitación que caía encima del de la artista.

Nadie le contestó.

Miró por la cerradura y viéndola oscura, puso en ella su ganzúa y la abrió.

Inmediatamente penetró en el cuarto, cerrando tras sí la puerta.

Se conocía por el aspecto de la habitación que no hacía muchas horas la había abandonado su último huésped, pues se veía aún el agua sucia de que se había servido.

Inclinóse al suelo y miró algo que estaba en él: era una pluma de ave.

Y la guardó en su libro de apuntes.

Pasó su vista por la cama y vio en ella un trozo de papel roto, en que estaba escrito:

«Después de este trabajo me traslado á Monte Carlo. Cuando llegue telegrafiaré al momento.

»W. M.»

Buscó durante un cuarto de hora por toda la habitación el resto de la carta de la que formaba parte, pero no la encontró.

Tomó este trozo de papel y lo guardó en su cartera, disponiéndose á salir de la habitación.

Al momento en que lo iba á hacer, vio que se abría la puerta y entraba el camarero con los cántaros de agua para hacer la limpieza de la habitación.

Este buen hombre recibió un susto regular al ver un desconocido dentro de la habitación.

—No se asuste—le dijo el detective.—Mi presencia en este lugar no obedece más que á deseos de enterarme del último que ha ocupado esta habitación.

Tenga usted este billete. Dígame usted algo del huésped último.

Tranquilizóse el camarero al oír estas palabras, y más al recibir el dinero, diciendo para llenar los deseos del detective:

—Era un hombre muy raro ese americano; la mayor parte del tiempo la ocupó con un pájaro.

—¡ Ah! ¿ de modo que tenía un pájaro?—preguntó Sherlock Holmes.

—Sí, por cierto, y que me chocó mucho al escucharle como hablaba con él. Algunas veces me puse á la puerta y noté que le hablaba como si fuera una persona—dijo el mozo.

—¿ Y podría usted decirme qué le decía?—preguntó el detective.

—No, señor—respondió el camarero;—como le hablaba un lenguaje extraño, no pude entenderlo.

—¿ Estaba siempre solo ó venía alguien con frecuencia á visitarle?—preguntó el detective.

—Que recuerde, siempre estaba solo con su pájaro.

—¿ Ha hecho grandes preparativos para marcharse, es decir, ha formado paquetes voluminosos?

—Nada de eso, señor—respondió el camarero.—Se ha ido sin nada; á mi parecer vive en Londres.

—Quizás sea cierto—contestó el detective.—¿ Cómo se llamaba ese caballero?

—Mister Blank, de Nueva York.

—Muchas gracias, y aquí tiene eso—dijo el detective; y le dió una moneda de oro.

Inmediatamente después desaparecía de allí Sherlock Holmes.

Al otro día se notaba grandísima actividad en el detective; hacía dos días que había pasado el veinte de agosto y no aparecía el belga.

Este venía á ser la clave para descubrir el enigma.

A la mañana del tercer día iba Harry Taxon, después de corto descanso, á salir de casa para colocarse enfrente de la del belga, por ver si se presentaba algo extraordinario en la vivienda de éste, cuando se topó con un encargado del correo que le entregó un paquetito.

Al punto volvió á entrar y lo presentó al detective, diciendo:

—¡ Quizás un nuevo collar!...

—No será un collar sino un broche.

Y realmente habiendo deshecho el paquete, se encontraron con el broche robado á la artista.

Lleno de asombro, pero abrigando alguna duda, exclamó el joven auxiliar:

—¿ Será acaso el bueno?

—Esto es lo que voy á comprobar.

Sometida la alhaja á la prueba, convenciónse el detective que no era más que un duplicado, diciendo:

—Es sin valor. Veo que tiene las iniciales del nombre del belga, lo mismo que el collar de perlas; parece un hombre consecuente.

—¿ Pero qué fin pueden tener con ese envío?—preguntó el auxiliar.

—No me cabe la menor duda—contestó el detective.

—Creerán que yo lo enviaré como auténtico á la artista, quien llena de gozo por el feliz hallazgo, lo publicará á los cuatro vientos sin reconocer el engaño, por ser el belga joyero consumado en su arte; con esto se quedarán los actuales dueños con el collar y el broche.

—Me extraña mucho de que el belga haya realizado en tan poco tiempo su trabajo—dijo el joven auxiliar.

Quedóse el detective algo pensativo, diciendo á poco:

—Pienso que este belga no ha vuelto á su casa por haber tenido que terminar su falsificación en otra parte; y creo que ahora ya estará de vuelta; es muy posible que esté hoy en su casa.

Quiero valarme de esta joya para mi plan; enviaré á la dama el broche del mismo modo y con el mismo misterio que me ha sido enviado á mí.

Se alegrará como si recibiera el verdadero.

Y mientras hablaba, hacía un paquete en que ponía el broche y escribía la dirección de madame Piers.

Entrególo después á Harry Taxon para que lo llevara.

A la mañana siguiente los periódicos publicaban la sensacional noticia de que de nuevo había vuelto á poder de la célebre artista Piers el precioso broche, de una manera tan misteriosa como había desaparecido.

Sherlock Holmes se frotaba las manos de contento.

Por la noche le participaba Harry Taxon que el belga había vuelto á su casa.

Arreglóse muy bien el detective disponiéndose para todo evento con sus revólvers; lo propio hacía el joven auxiliar; poco después salían ambos en dirección de la casa del tan esperado joyero.

CAPITULO VI

En peligro de muerte

La noche era tempestuosa y lluviosa; por las calles apenas se veía un alma; á poco se descubrió en la acera dos hombres, uno de los cuales se paró y dijo á su compañero mirando á un coche que estaba parado delante de una casa:

—Harry, parece que nuestro hombre tiene visitas; si no me engaño es el mismo cochero el que está en el vestíbulo, que el que perseguí hace días.

Sospécho que vamos á hacer un sorprendente hallazgo en el día de hoy.

Vete adelante á ver qué hace el cochero; yo te aguardo en esta entrada oscura.

Deslizóse Harry por delante de las casas hasta ponerse en presencia del cochero que estaba dormido en el pescante; hizo entonces una ligera señal y se acercó á él el detective Sherlock Holmes, que éste era el segundo hombre.

En un abrir y cerrar de ojos desaparecían ambos en la casa.

Antes de llegar á la escalera, quitáronse el calzado y la subieron; cuando estuvieron arriba oyeron los dos voces de varios hombres que hablaban.

Al estar delante de la puerta de la habitación en donde se oían las voces, notaron que dos se despedían; por el timbre de la voz creyó reconocer el detective al simpático Guy Farlie.

—¿Estás ya preparado á todo?—dijo Sherlock Holmes á su auxiliar á media voz.

—Sí, maestro.

En el mismo momento abrióse la puerta quedando aterrados los tres que salían, ante los revólveres de los detectives que les apuntaban amenazadores, diciendo Sherlock Holmes:

—No hagan ustedes el menor movimiento, de lo contrario están perdidos.

En uno reconoció el detective al barón y en el otro

al hombre que le había tirado por la cabeza el cofre.

El tercero era un hombre de más edad, de barba entrecana y rostro rugoso; según todas las apariencias éste no era otro que el belga.

—Harry, átalos—dijo lacónicamente Sherlock Holmes.

Con increíble celeridad ejecutó el auxiliar su cometido con el primero y con el segundo; los criminales le miraron llenos de odio.

Iba á hacerlo con el tercero, pero impidiólo Sherlock Holmes, diciendo:

—A éste no. Déjame que le hable.

¿Sabe usted, mister Loblier, que estos dos hombres son unos criminales? ¿Sabe usted qué fin tenían al hacerle trabajar el duplicado de las joyas?

Quedóse pálido el interrogado, siéndole difícil encontrar palabras á causa de la fuerte impresión.

—¿Cómo puede ser esto posible?—respondió después de poco.—Si realmente son criminales como usted afirma, ¿cómo han podido presentármese como tan cumplidos y ricos caballeros?

Clavó el detective su penetrante mirada en el belga y reconoció que aquel hombre había sido sobradamente cándido en aquellos manejos, pero en manera alguna culpable.

—No se lo crea—dijo el segundo de los detenidos.

—Haga usted el favor de callar—replicó riendo el detective;—cuando le pregunte á usted, mister Blank de Nueva York, entonces hablará; le quiero preguntar muchas cosas.

—¿Es posible que mis manos hayan servido para ocultar un crimen?—exclamó el belga angustiado.

—Así es—repuso el detective,—pero no se intranquilece; puede usted tener la conciencia tranquila; sus relaciones con estos caballeros me servirán para esclarecer grandes misterios.

No le quepa la menor duda que estoy convencido de su inocencia, aunque figure su nombre en las dos joyas.

Los dos criminales hacían esfuerzos para desatarse.

El belga comenzó á decir:

—Aquél, mister Blank, me vino á buscar hace cosa de diez semanas y me dijo que se me presentaba, porque sabía que yo era un gran joyero. Me quería hablar del precioso collar del que le había hablado Herr Bragenz de Berlín; me dijo al último que éste le había dicho que yo había sacado un duplicado.

Pidióme, por tanto, que le hiciera yo un segundo duplicado, como había hecho el primero, ofreciéndome por éste cuatro mil marcos.

Díjeme que no podía hacer nada en el particular sin el permiso de la condesa de Waldberg, que vivía en Berlín, que era la propietaria de la auténtica.

Despidióseme mister Blank y á pocos días recibí una carta de la condesa de Waldberg en la que se me autorizaba para el duplicado.

—Esta carta era falsa—repuso el detective.

—Respecto de mí fué como si fuera verdadera—dijo el belga.—En el mismo día me visitó mister Blank y me presentó una carta que acababa de recibir de la condesa en que le autorizaba para tener un duplicado del collar y juntamente le remitía la fotografía.

Yo aquel mismo día comencé mi trabajo que duró cuatro semanas, no dejándoseme ver mister Blank durante este tiempo.

Por este tiempo recibí una carta de Berlín en que me decía mister Blank que estaba en relaciones con la condesa de Waldberg para adquirir el collar; dos días más tarde se me presentaba con él diciéndome que lo había adquirido por trescientos mil marcos. Entonces tuve ocasión de conocer al otro señor que se me presentó como el barón de Farlie.

No mucho después se me presentó con un segundo trabajo...

—¿Lee usted poco ó mucho los periódicos?—preguntó el detective.

—Yo soy un hombre anciano que se inquieta poco por las novedades del mundo—repuso el joyero belga.

—No me he enterado de nada.

Reanudando mi relato, diré que me dijo mister Blank, al visitarme en esta ocasión, que como el trabajo debía ser muy perfecto, deseaba que lo hiciera yo en su misma casa.

Acompañéle, en efecto, llevando todos los instrumentos para el trabajo.

—¿En dónde se halla la casa de mister Blank?—preguntó el detective.

—No lo puedo decir—respondió el joyero.—Nos esperaba en la puerta de mi casa un coche, y durante el viaje fui muy entretenido en conversación con mister Blank, de modo que no observé nada.

Sólo le puedo decir que es la parte de la ciudad menos poblada de casas.

Cuando hacía dos días que estaba aquí, vino una noche mister Blank con un broche riquísimo que pertenecía á una dama distinguida; ésta deseaba, según me dijo, que le hiciera al momento un duplicado, sacando antes algunas fotografías que me sirvieran de guía, pues la propietaria quería que se le devolviera aquella misma noche la alhaja.

Un cuarto de hora más tarde le devolvía yo la joya á mister Blank, quien la recibía, desapareciendo al punto para entregarla á la dama.

—Este relato es muy interesante—replicó el detective.

—Al otro día teniendo delante las fotografías pude comenzar el trabajo; en cuatro días estaba realizado; en el último día me preguntó diversas veces cuánto valía este duplicado, porque deseaba pagarlo él mismo, diciéndole yo lo que me parecía. Al otro día de acabar mi obra, me presentó el broche verdadero y comparó mister Blank por sí mismo el duplicado con aquél, quedando sumamente complacido por la completa ilusión.

Esta misma noche he vuelto á mi casa acompañado de mister Blank; dos horas después de haberse separado de mí volvió aquél á venir acompañado del barón Farlie, diciendo que antes de partir á Monte Carlo quería entregarme un nuevo trabajo, que debía ejecutar fuera de esta casa.

Cuando nos íbamos á despedir, apareció usted con su compañero.

Yo no sé con quién tengo el honor de alternar.

—Con Sherlock Holmes—respondió el detective.

—Con el célebre detective—exclamó el anciano.

Separóse Sherlock Holmes á un lado con su auxiliar y le habló algunas palabras al oído, después de las cuales se separó Harry.

Diez minutos más tarde aparecía acompañado de un agente, quien al momento saludó al gran detective, diciendo éste:

—Saque el revólver y apunte á estos detenidos; le encargo su custodia. Vigile mucho, pues uno de ellos quiere fugarse. Si nota intento de fuga, dispare sin remisión. Estaré ausente dos horas.

Aquel señor—dijo señalando al belga—es libre y así puede hacer lo que quiera.

—*Well, sir*, cumpliré sus órdenes—dijo el agente.

Y cogieron el detective y su auxiliar los sombreros y capas de los detenidos; éstos les miraban con furor; conocían la maniobra.

Delante de la casa aguardaba el cochero cómplice de los criminales, y quería el detective engañarle mediante aquel trueque de vestidos.

Envolviéndose en las capas de los detenidos, y poniéndose sus sombreros, Sherlock Holmes y Harry abandonaron la casa y se dirigieron al coche; el cochero aun parecía dormido.

Sherlock Holmes, al cerrar la portezuela del coche hizo mucho ruido, con lo que se despertó el cochero.

—¿A dónde?—dijo. éste abriendo los ojos.

—A casa—respondió Sherlock Holmes imitando el tono del americano.

Un momento después estaba en movimiento el vehículo, lanzándose á poco en vertiginosa carrera.

—¿Si se sospecha el error?—exclamó Harry una vez en movimiento.

—Lo único que nos resta ahora es estar preparados para todo evento—repuso el detective.—Me parece, según todos los indicios, que nos dirigimos á las cercanías de Haymarket; aquí vive la artista, en el Hotel Rey Eduardo.

Después de poco dijo Harry, que no apartaba la vista de la ventanilla:

—Estamos sobre el South Wark-Brucke.

—Tienes razón—respondió Sherlock Holmes.

Se encontraban en una gran plaza en donde no se veía un alma; sólo se oía el rumor de las aguas del Támesis.

A poco pasaban por el puente, rozando el coche con la barandilla; estaban el detective y su auxiliar mirando por la ventanilla, cuando de repente abrióse la portezuela del coche; retrocedió éste bruscamente quedando colgado el carruaje.

Este movimiento fué tan rápido, que sin dar tiempo para cogerse ni á la barandilla, ni mucho menos al coche, cayeron á las aguas del Támesis el detective Sherlock Holmes y su auxiliar Harry Taxon.

Desde arriba les contempló impasible un hombre; éste era el cochero.

CAPITULO VII

Nuevo éxito y nuevo enigma

El infame cochero había reconocido al detective al salir de la casa del belga y había resuelto deshacerse de él y su compañero y correr precipitadamente á salvar á sus amigos.

Entre tanto esforzábanse Sherlock Holmes y Harry, en nadar y salir á flote; acercóronse inmediatamente algunos botes para socorrer á los náufragos; un vaporcito sacó á Harry, un barco pescador á Sherlock Holmes.

Apenas el joven auxiliar estuvo en el vaporcito, buscó con la vista á su maestro, y habiéndolo encontrado y habiéndosele juntado, le dijo:

—¿Qué vamos á hacer, mister Holmes? Hemos perdido la pista; no sabemos á dónde se ha ido el cochero.

—Corramos presurosos á la casa del belga—respondió el detective;—me temo que lleguemos demasiado tarde; quizás ya habrán volado los pájaros; ese infame cochero estoy en la persuasión que habrá corrido á librarlos.

Apenas llegaron á tierra, sin cuidarse del remojón, se apresuraron á tomar un coche, á cuyo cochero le dieron la dirección de la casa del belga, añadiendo que fuera corriendo á más no poder.

Cerca de la casa mandó el detective al cochero que se parara al momento, diciendo á Harry:

—Mira aquellos tres hombres.

—Realmente parecen ser los dos detenidos y el cochero—respondió Harry.

—Tú les sigues, mientras yo voy á la casa de Francisco Loblier; en ésta te aguardaré en todo caso.

Saltó Harry del coche y se puso á seguir á los tres malhechores, mientras continuaba Sherlock Holmes su camino en el coche.

Apenas se detuvo éste ante la casa, descendió el detective del carruaje y entró en la casa de Loblier

sin necesidad de que le abrieran la puerta, pues estaba abierta de par en par.

Cuando estuvo adentro, notó hondo silencio; en el suelo, en medio de un mar de sangre, estaba el agente de policía; inclinóse sobre él el detective y reconoció que no daba señales de vida; los criminales le habían matado de un balazo en la cabeza.

El belga había desaparecido sin dejar huellas de sí.

Mientras reflexionaba Sherlock Holmes sobre lo que procedía, oyó un gemido que parecía venir de la habitación cercana.

Lleno de admiración tomó la lámpara eléctrica y se fué á dicha habitación.

Una vez dentro, no vio ni oyó nada; paróse y oyó de nuevo un suspiro; acercóse entonces á la ventana y vio un hombre, atadas las manos, tapada la boca, que estaba en el saledizo; fijóse y no le cabía la menor duda, era Francisco Loblier.

Al momento sacóle Sherlock Holmes echándole una cuerda, é introduciéndole en el cuarto y destapándole la boca, le sentó en una silla.

Estaba el pobre casi desfallecido; cuando hubo recobrado alientos, dijo el belga:

—Le agradezco, mister Holmes, su servicio.

—¿Qué ha pasado?—preguntó el detective.

—No hace mucho—dijo el belga—que estábamos con el policía guardando á los dos presos, cuando se abrió repentinamente la puerta y entró el cochero, que á la cuenta es otro criminal.

Descerrajó un pistoletazo al agente y lo mató; yo quise huir, pero no sabía por dónde; echóse sobre mí y me ató, tapándome luego la boca.

Desligó á sus dos camaradas y decidieron arrojar-me por la ventana; yo hice todos los esfuerzos posibles para impedirlo, pero ellos eran tres y me arrojaron rozando por la pared. Como el saledizo es gran-

de tuve la suerte de tenerme en mi caída, no recibiendo más que un ligero golpe con el consiguiente susto.

—Lo mejor que puede usted hacer es abandonar esta casa por un par de días y vivir en el Hotel Rey Eduardo.

Agradeció en el alma Francisco Loblier el servicio y acompañó hasta la calle al detective, que alquiló un

sible seguirles yo solo, si se fraccionaba el grupo, llamé á un agente de policía que me ayudase. Advirtieron la persecución los malhechores y se echaron á correr, pasando por el puente del que antes nos precipitó el cochero. Al estar casi en el mismo punto echó uno una caja al río; fijéme en el lugar y proseguí tras ellos juntamente con el agente.



coche para que llevara al anciano joyero al mencionado hotel, yendo el detective al encuentro de su auxiliar.

Después de un cuarto de hora, encontrólo en la entrada de una casa de poca luz.

—¿Qué tal te ha ido, Harry?—preguntó el detective.

—He cumplido lo mejor que he sabido sus órdenes—contestó el joven.—Apenas vi que continuaban el camino fuí tras ellos; conociendo que me era impo-

Dividiéronse tomando uno una dirección y otro otra; yo seguí la una y el agente la otra.

El que perseguí yo, entró después de muchos rodeos en una casa próxima al Hotel Rey Eduardo.

Pregunté quién vivía allí, dando algunas descripciones del barón y del americano, y me respondieron que en el segundo piso vivía un americano, cuyas señas coincidían con las que yo daba.

—Muy bien—exclamó el detective;—te has portado como un valiente. Ahora lo que procede es ir á

buscar la cajita arrojada á las aguas del Támesis, y ver su contenido, y luego practicar un registro en la casa del americano.

Horas más tarde estaban los dos detectives Sherlock Holmes y Harry Taxon en un vaporcito, disponiéndose á echarse aquél al agua.

Después de mucho trabajar el detective bajo el agua, alumbrándole desde arriba Harry Taxon, encontró la cajita echada al agua, subiendo al momento

al vaporcito, en donde se quitó la ropa mojada vistiéndose el traje ordinario.

Al punto se fueron los dos á la orilla, y habiendo desembarcado, se dirigieron á su casa para examinar el contenido de la caja.

En ésta no se encontraban más que objetos robados, pero no el collar y el broche.

Era preciso ir á casa del americano para encontrárselos; dado caso que no se los encontraran sería preciso realizar nuevos trabajos.

CAPITULO VIII

El suicida Manager

—Está bien prevenido—decía Sherlock Holmes á su auxiliar, al acercarse ambos á la puerta de la casa en que creía Harry Taxon vivía el americano.

Silenciosamente abrió la puerta de la casa, y con el mismo silencio subieron ambos las escaleras y pasaron el corredor hasta situarse ante una puerta de una habitación de la que salían voces.

Miró por la cerradura el detective y no vió nada; abrióla, sin embargo, y vió que estaba alumbrada la puerta de lienzo de otra habitación interior.

Sin ser notados, ambos se aproximaron á esta segunda, y escucharon y miraron por la cerradura.

Claramente oyeron y conocieron la voz del barón y distinguieron el rostro del cochero, bien que un poco cambiado por no llevar la barba postiza.

El americano estaba en un ángulo de la habitación con dos urracas encima de una mesa, á las que, al parecer, amaestraba.

Haciales ir desde esta mesa á sus bolsillos y les obligaba á que le sacaran, con el pico, del bolsillo un pañuelo rojo; luego echaba algo en el suelo brillante como perlas y se lo hacía tomar y ponérselo después en su mano.

Los animales lo practicaban con mucha facilidad.

Para el detective no tenía la menor duda; el medio de que se habían valido para robar, eran los dichos pájaros, como lo indicaban las enseñanzas que les daba el americano junto con las plumas encontradas en casa de la artista y de la condesa.

En el mismo momento empuñando ambos el revólver, se precipitaron violentamente en la estancia, cogiendo desprevenidos á los criminales.

Antes que pudieran defenderse estaban echados en el suelo y obligados á rendirse á discreción.

Atólos Harry empuñando el detective el revólver

y registraron luego ambos los bolsillos de los maniatados.

Encontraron en ellos mucha cantidad de dinero en metálico y en papeles de Banco, y en el bolsillo del cochero un trozo de periódico en que se hablaba de la desaparición repentina de un sujeto cuyas iniciales eran R. M.

Mandó el detective á Harry que fuera á buscar la policía para entregar á los tres malhechores.

Luego de haberlo verificado, comenzó el detective á registrar la casa en compañía de su amigo, sin poder encontrar en ninguna parte las robadas alhajas de la condesa y de la actriz.

Recordó al punto el trozo de carta encontrado en el hotel con las iniciales W. M. en que se decía que se dirigía á Monte Carlo.

—Voy á quemar el último cartucho en este combate—dijo el detective;—será necesario emprender un nuevo viaje cuyo resultado no puedo determinar, porque voy á ciegas. Pienso que el que tiene en su poder las alhajas estará allí, si es que no escribió el papel con ánimo de despistar al que lo encontrase.

Al día siguiente en un nuevo reconocimiento de la casa, encontró el detective un sobre roto en que había caído un borrón y que por esto había sido echado á la papelera.

La dirección decía así:

«William Mackbell, Villa Carola en

»Monte Carlo.»

Lleno de satisfacción recogiólo el detective y lo encerró en su cartera como si fuera oro.

Fuése al punto á su casa y, despidiéndose de su amigo Harry, le dijo:

—Hoy parto para Monte Carlo; mientras mi ausencia redactas el protocolo.

Dos días más tarde se encontraba en Mónaco Sherlock Holmes con fin bien diferente de los que visitan esta población, albergue del juego y del suicidio.

Desde el principio informöse en donde estaba la villa Carola.

Dirigióse á ella el detective al otro día de su llegada á este palacio, que presentaba un aspecto encantador rodeado de jardines por delante y los lados y lamido por el mar en la parte posterior.

Llamó á la puerta del jardín y habiéndole abierto una criada manifestóle que le condujera á las habitaciones particulares de William Mackbell, cuyo amigo íntimo era y para un negocio por el que él mismo le había invitado á visitarle.

Inmediatamente acompañóle la criada á la casa, y al estar al principio del corredor le indicó con la mano la habitación del huésped.

Desde el corredor se podía ver el que estaba dentro merced á la puerta de cristal.

William estaba sentado á una mesa con las cajitas abiertas, teniendo en una mano un collar; al punto reconoció el detective el collar de la condesa de Waldberg.

Llamó á la puerta, y antes de que se volviera el ladrón, reconoció en la otra cajita el broche de la actriz.

William, mientras autorizaba la entrada, cerraba ambas cajas con mucha naturalidad.

Hicieronse ambos un saludo, preguntando William el objeto de la visita, respondiendo el detective:

—Vengo de parte de mister Blank, de Londres...

—Sea usted muy bien venido—respondió el visitado.

—No continúe hablando—replicó al punto con energía el detective.—He detenido en Londres al bárón y á sus dos cómplices, porque en Berlín robaron un collar á la condesa de Waldberg y en Londres un broche á la artista Piers; así, pues, como ambos objetos se hallan en su poder, le reclamo para que dé explicaciones.

Soy Sherlock Holmes.

Dió William Mackbell al oír este nombre dos pasos atrás, mirando atónito al detective durante algu-

nos momentos; de repente cogió de la mesa las dos cajitas, y dando un grito cual si fuera un loco se lanzó por la ventana al mar.

Rápido como el rayo se aproximó el detective á la ventana y vió desde ella como desaparecía en las aguas el cuerpo de William Mackbell.

Con la triste impresión que produce una desgracia que se ha presenciado, apartöse el detective de la ventana, tocando al momento un timbre de la habitación.

A poco se presentaba una anciana que era la dueña de la casa; explicóle lo sucedido y le manifestó dijese lo que sabía de su inquilino.

Según ella, William hacía seis semanas moraba en su villa, no habiéndole pagado más que cuatro; no sabía más.

Callöse el detective y abandonando la villa fuése á buscar una lancha pescadora alquilándola para todo un día.

Por la noche dirigióse en la barca, bien provista de lo necesario, y con un hombre de su confianza hacia el lugar en donde se había sumergido el cuerpo de William; y después de haber vestido una escafandra que al objeto se procuró para él y su compañero, descendieron ambos al fondo.

Pero le faltaba á Sherlock Holmes pasar un peligro que, aunque insignificante en sí, era grande por lo repentina é inexperadamente que se presentaba.

De pronto, apenas acababa de apoderarse de las ansiadas cajitas, notó en su compañero un gesto sospechoso, é instintivamente trató de esquivarlo.

Fué á tiempo. El hombre que le acompañaba, codicioso del tesoro que iba á parar á manos del detective, sacó un puñal para deshacerse de su compañero.

Sherlock Holmes, empero, sentíase casi tan ligero como si vistiese traje de jockey; dió un paso atrás, y abalanzándose luego sobre su contrario, le derribó dejándole sin movimiento, mientras él emprendía su regreso á la barca.

En las cajitas se contenía el collar buscado y una porción de cartas.

Por la lectura detenida de dichos escritos dedujo el detective que el llamado William Mackbell no tenía propiamente este nombre; era hijo de un multimillonario americano que se había enamorado de una

joven tan hermosa como malvada. Esta se obligó sólo á entregarle su mano á condición de que le entregara las joyas más preciosas que tenían las damas europeas.

Supo además que los pájaros los utilizaba para robar los objetos preciosos; al mandar hacer el duplicado no intentaba más que engañar á la malvada joven con aquellas joyas apócrifas, para devolverlas

después de mucho á sus verdaderas dueñas; si se lo había enviado á él, era sólo para evitar el golpe inmediato.

Al otro día partió el detective con dirección á Inglaterra, llegando al siguiente á Londres.

Pocas semanas más tarde eran condenados Higley á muerte por haber asesinado al agente y al cochero, y el barón á muchos años de cárcel correccional.

Título del cuaderno próximo:

Los bandidos de Palermo

Aventuras de Lord JACKSON

Genial y valeroso detective, rival de SHERLOCK HOLMES

Nada tan emocionante y de interés como la lectura de esta verdadera historia de un hombre admirable, poderoso y fuerte que, a pesar de ser inmensamente rico, dedicó su talento sin par, su braveza invencible y su enorme fortuna a la causa de la justicia, amparando al débil, vengando a las víctimas y llevando al patíbulo a los más horribles y tenebrosos asesinos del mundo entero.

El móvil principal que le obligó a tomar la peligrosa y accidentada vida de detective fué, sin duda alguna, el horrible asesinato de su madre y el amor que sentía su corazón, tan bravo como generoso, por los sacrosantos ideales de justicia y libertad, que deben perfeccionar a los hombres.

Cada cuaderno un episodio completo. Estos cuadernos contienen 32 páginas de buena lectura, ilustrados con grabados alusivos al texto, y lucen una sugestiva cubierta en colores.

Precio de cada cuaderno: 10 céntimos

TÍTULOS DE LOS CUADERNOS

1. Robo y asesinatos en el palacio Jackson. — 2. El hueso de una pierna. — 3. Evasión de un malvado. — 4. Crímenes impunes. — 5. Viacrucis del rey de los asesinos. — 6. Un atentado terrorista. — 7. Horrible asesinato de un niño. — 8. Sangriento rescate de una joven. — 9. Modista que se arroja al Sena. — 10. Un drama en las nubes. — 11. Al pie de la guillotina. — 12. Jackson en poder de los bandidos. — 13. ¡Whip!, el perro detective. — 14. Un asqueroso que vive. — 15. Bandidos de chistera. — 16. Juana la Rosa. — 17. Dos golpes notables. — 18. Jackson envenenado. — 19. Jackson resucita. — 20. Los zapatos de un muerto. — 21. Jackson contra Sherlock Holmes. — 22. Mujeres detectives. — 23. Un millón de francos. — 24. Los furiosos de un yanqui. — 25. Robo de una joven. — 26. Historia lugubre. — 27. Aventuras sobre aventura. — 28. La posada de los muertos. — 29. Terrible encuentro. — 30. Lord Jackson prisionero. — 31. Momentos de angustia. — 32. El hombre de la cabeza cortada. — 33. Tragado por la arena. — 34. La dama vestida de rojo. — 35. Lord Jackson desatía a un capitán de bandidos. — 36. La aguja de los bandidos. — 37. Doble rapto y asesinato. — 38. Un brazo y una pierna. — 39. La mancha negra. — 40. Nuevas víctimas. — 41. La aguja envenenada. — 42. El col de hierro mata. — 43. El traficante en piedras finas. — 44. El collar de perlas. — 45. El testamento secreto. — 46. La cueva de los cadáveres. — 47. Ward, el asallador de trenes. — 48. El teatro del bandido. — 49. Por seguir a una mujer. — 50. Fin de una aventura y principio de otra. — 51. El castillo misterioso. — 52. Lord Jackson se retira.

LOS 52 CUADERNOS FORMAN LA COLECCIÓN COMPLETA

LA VUELTA AL MUNDO POR UN PILLETE YANQUI Y SU PERRO

LAS AVENTURAS EXTRAORDINARIAS MAS DRAMÁTICAS, AUDACES Y PINTORESCAS QUE SE HAN PUBLICADO HASTA EL DÍA

Esta nueva publicación llama poderosamente la atención del público, por el interés creciente que despiertan los dos originales y simpáticos protagonistas de tan extrañas aventuras, pues basta decir que nada les detiene en su camino, y con su peregrino ingenio, así salvan los mayores obstáculos en la tierra, como surcan los espacios celestes con perfeccionados aerostatos, lo mismo navegan por los mares profundos en rápidos vapores, como utilizan soberbios automóviles que recorren el mundo con temerarias velocidades.

Leer las Aventuras extraordinarias de un pillete yanqui y su perro en su viaje alrededor del mundo, es lo mismo que aprovechar el tiempo.

Todos los cuadernos causan el más vivo interés por contener cada uno de ellos parte de la accidentada historia de un bello y astuto muchacho tan valiente como bondadoso, tan desgraciado en su infancia como afortunado en su mocedad, y de «Foz», un perro sabio que obtiene en el transcurso de la obra la admiración del público.

Todas sus páginas producen la más honda emoción, tanto por las perspectivas y peligros sin cuento por que pasan nuestros protagonistas, como por la astucia y brava manera de conjurarlos del gallardo Tom, nuestro pequeño héroe.

La obra entera, en fin, es digna del favor del público, ya que todos sus capítulos están llenos de acción y son recomendables, tanto por las descripciones de los países que cruzan y visitan los simpáticos viajeros (el autor los ha trazado con honradez y geografía), como también por todas las aventuras que contiene, y que llevan venturias sobre otras muchas por ser verdaderas, amenas é instructivas.

Estas interesantes y recreativas aventuras están relatadas por el notable escritor R. Noguera Oliver.

Cada cuaderno de *La vuelta al mundo por un pillete yanqui y su perro* contiene 32 páginas de buena lectura, con grabados alusivos al texto, y luce una atractiva cubierta en color.

Precio de cada cuaderno: 10 céntimos

TÍTULOS DE LOS CUADERNOS

1. El hombre fera. — 2. La jaula de los tigre. — 3. ¡Gibbet! — 4. Terribles peripecias de Tom. — 5. El loco de los mares. — 6. La cabeza de un loco. — 7. Tras las huellas de la hermosa Fanny. — 8. El ladrón de niños. — 9. Estralla entre las rocas. — 10. Los furiosos de carne humana. — 11. Pillete en libertad. — 12. El terremoto. — 13. Fanny en libertad. — 14. Hazanas de «Cuatomano». — 15. Infamias de un judío. — 16. Aumentan los horrores. — 17. En las entrañas de la tierra. — 18. Los piratas. — 19. ¡Hombré ó mujer! — 20. «Banderita Negra». — 21. La hija de un asesino. — 22. «Loré» en degollador. — 23. El pozo del infierno. — 24. La cárcel. — 25. Los tormentos de John Goo. — 26. Grit, ahogado. — 27. Los dos rivales. — 28. Las infamias de un aristócrata. — 29. Los bandidos. — 30. La loca. — 31. La casa lugubre. — 32. En la boca de un cañón. — 33. La favorita del Sultán. — 34. El sauro. — 35. «Cuatomano» muere. — 36. Dos pueblitos y un menu.

LOS 52 CUADERNOS FORMAN LA COLECCIÓN COMPLETA

Estas obras se envían a vuelta de correo a quien las desee, mediante el envío de su importe y 25 céntimos más del coste de envío. El importe se puede cubrir en setenta centimos de francos ó libras del Gtes. britán.

OBRA NUEVA, EN CUADERNOS DE 32 PÁGINAS ILUSTRADAS

10 céntimos

PUBLICACIÓN SEMANAL

10 céntimos

LUCHA DE RAZAS

PIELES ROJAS CONTRA BLANCOS

(Cada cuaderno un episodio completo)

EMPEZARÁ nuestra nueva serie por el relato de la vida y proezas de

VENNONGA

famoso CAUDILLO de los mohicanos, y la narración de la lucha de una de las naciones indias más nobles.

Los combates entre franceses é ingleses, disputándose la preponderancia en la América del Norte, desarrollarán en la mente del lector las fases más palpitantes de esta memorable guerra de los siete años.

Teatro de esas batallas, en las que no tan sólo luchan europeo contra europeo, sino también piel roja contra piel roja, son las aguas de los grandes lagos y las majestuosas selvas vírgenes. Las conocidísimas tribus de los

MOHICANOS Y HURONES

figuran entre los beligerantes cuyas luchas describimos.

No dudamos que nuestros lectores seguirán con igual interés que el que han experimentado en nuestras anteriores publicaciones la descripción de los dramas terrestres y marítimos reseñados en estos cuadernos; y asimismo que WENNONGA, el gran caudillo de los mohicanos, despertará en ellos una simpatía semejante á la que han demostrado hasta ahora á nuestros héroes



JOHN RAFFLES, el incógnito misterioso

SHERLOCK HOLMES, el rey de los detectives

Lord JACKSON, el rival de Sherlock Holmes

AVENTURAS DE UN PILLETE YANQUI Y SU PERRO